

# 1933

Albert T'SERSTEVENS



(1886-1974). Escritor francés de origen belga. Seguidor de su contemporáneo francés Blaise Cendrars, hacía gala de un espíritu anarquista y rechazaba su calidad como escritor. Tras dilapidar la herencia familiar en su juventud, se convirtió en un aventurero y viajero incansable por medio mundo. Escribió sus relatos de viaje bajo la forma de poemas o ensayos, dando un valor primordial al viaje en sí mismo. En 1933, acompañado de su compañera y un gato, viajó por España y escribió *Le nouvel itinéraire espagnol*. Procedentes de tierras murcianas, recorrieron parte del levante de nuestra provincia, deteniéndose especialmente en Cuevas del Almanzora y en Mojácar, dejando un relato singular de su viaje, no falto de ironía, y, especialmente, marcado por la descripción de esas pequeñas cosas propias de cada lugar que a él, como extranjero, le llama la atención: la capilla de Santa Lucía, la ofrenda del agua, el extraño baño termal y otras peculiares costumbres de los lugareños. Su viaje por Almería se publicó en *Le nouvel itinéraire espagnol*. Segep, 1951, p. 89 a 113.

## CUEVAS DE ALMANZORA. EL OFICIO DEL AGUA

**S**e trata en suma de llegar a Cuevas de Vera. Se podría ir allí por Cartagena, Mazarrón y Águilas, camino de montaña del que me imagino el porte, pero que al menos parece un poco variado. Yo no lo he hecho. No se si debo sentirlo. Es probable, porque nada, pienso yo, puede ser menos interesante que la ruta Totana-Lorca que yo he cogido.

Es de una terrible monotonía: Viñas, olivares y labores, labores, olivares y viñas. Éstas, en los alrededores de Alcantarilla, están podadas en forma de parasol, de largas uvas doradas suspendidas bajo esta sombrilla. El paisaje no se anima un instante más que después de Totana. Sorprende encontrar en medio de este aburrimiento una villa como Lorca, vieja plaza morisca donde hay por azar algunos árboles. Pero se cae enseguida en la desolación de grandes llanuras arenosas donde no hay nada, ni campos ni árboles.

En Lumbreras, donde llegamos al crepúsculo, fueron necesarias muchas palabras y la exploración de dos tiendas del pueblo (país o aldea) para pagar muy caro un poco de jamón reseco y una hogaza de pan de la otra semana.

Marchamos de nuevo por una carretera rectilínea, en medio de los campos que se extienden hasta el límite del horizonte. Ni un árbol, ni una casucha, ni un repliegue del suelo, detrás de los cuales podamos resguardar el coche para pasar la noche. Ella nos envuelve cada vez más. La luz de los faros se pierde en la uniformidad del terreno. Nosotros absorbemos continuamente el mismo triángulo de llanura donde carretera y tierras labradas se confunden.

Notamos todos a la vez una luz que vacila delante de nosotros: sin duda una casa! Tenemos tanto miedo de perderla que nos ponemos en alerta para verla mejor. Parece muy lejana pero la alcanzamos casi enseguida.

Es el farol de una pequeñita capilla hecha de algunas piedras pintadas con cal. En el nicho, tras un enrejado de tela metálica, una estatuilla de yeso coloreada hace un gesto de bendición entre las flores frescas. Su nombre está inscrito en la piedra: Santa Lucía. Es esto después de todo el de la santa o el de la luz, pequeña lámpara suspendida delante de la imagen, y que nos retiene allí, nuestras luces apagadas, el motor bloqueado, para no perder nada del gran silencio y de la inmensa oscuridad donde reza dulcemente, en medio de este desierto, esta llama temblorosa.

Es el mojón piadoso que marca la entrada de Andalucía. Es el alma o el espíritu. Las gentes vienen allí, cada día, desde muy lejos de la casa o del pueblo más cercano, a poner aceite en la lámpara y flores a la Santa Luz. Esta pequeña llama vela en la gran soledad como la fe en el corazón de los hombres, a pesar del pecado de indiferencia y de los griteríos políticos.

Atravesamos Huércal-Overa todas puertas y ventanas cerradas, parece una villa muerta o sitiada, y comenzamos a subir los zigzag de la sierra de Almagro de la que nuestros faros no revelan más que paños de roca. El aburrimiento de este viaje ciego nos decide a acampar no importa donde. Un camino arriero, que yo iba a explorar con una lámpara de bolsillo, nos conduce a una especie de terraza donde nos detenemos para pasar la noche. El faro móvil no nos muestra más que derrumbamientos de piedras y vertientes peladas. Nos adormecemos en un silencio tan pesado que es casi palpable.

El alba me descubre un paisaje de sierra desolado: la roca, los escombros, ni una brizna de hierba. Estamos en el borde de un valle que se precipita entre altas laderas semejantes a riscos. Toda una comitiva de arrieros sale por el sendero. Ellos observan con estupefacción este coche instalado al borde del abismo, y este señor en pijama que se pasea con su gato. Imposible hacer su aseo en el camino. Alzamos las velas de prisa y partimos, en traje de noche, a la búsqueda de un abrigo.

A esta hora de la mañana, el patrón de la posada *Al buen gusto* acoge con benevolencia a estos dos viajeros bizarramente vestidos que le piden no solamente desayunar, sino un rincón para lavarse y agua en abundancia. Nos introduce en una habitación abovedada, toda blanca, el embaldosado barnizado, los muebles limpios, los cristales claros, el conjunto de esta limpieza andaluza que me recuerda mi Flandes natal. Se nos proporciona grandes *cantaros* –jarras de barro cocido de alto cuello- llenas de agua fresca, en un país, lo veremos pronto, donde el agua es tan rara que se vende al por menor. Nosotros la despilfarramos con inconsciencia, y reaparecemos vestidos a la europea, lo que no deja de sorprender al dueño y a su mujer que se imaginaban ya que nosotros viajábamos en pijama.

La cocina, donde nos desayunamos, es de una limpieza minuciosa. Las vigas que la atraviesan a mi altura están cubiertas de un papel verde muy fresco, con recortables y dibujos coloreados. Sobre una de



Puente de hierro sobre el Almanzora y pueblo de Cuevas al fondo. (Reproducida por gentileza de Enrique Fernández Bolea).

ellas están alineados cinco calderos de cobre puestos de manera que muestran su interior tan rojo y reluciente como la luna a su salida. Las cacerolas y los utensilios de cocina están enganchados al muro sobre los cuadros del mismo papel verde, tan limpio que parece cierto que se le renueva casi cada día. Está bien así, como he podido asegurarme varias veces, en este país donde se repasa los muros de cal cada ocho días, donde los sirvientes, cotidianamente, friegan los suelos de cerámica, de rodillas, con una brocha en la mano y jabón. Estos detalles domésticos para las buenas gentes de nuestra casa que no quieren creer que se pueda ser en otra parte menos sucio que se es en Francia. Si añado que el patrón de la posada no ha querido aceptar nada ni por su habitación ni por su agua, espero mostrar que un tabernero de Andalucía puede ser hospitalario y desinteresado.

No se va a Cuevas de Vera por Vera. Si se viene de Águilas, se llegará allí directamente. Si se viene de Lorca, como yo he hecho, se cogerá la primera carretera a la derecha, a unos diez kilómetros después de la posada *Al Buen Gusto*.

Las Cuevas de Vera parecen por de pronto una pequeña villa sin carácter, donde uno abandonará su coche y desde donde se hará conducir a las Cuevas propiamente dichas, que se llaman Cuevas de Almanzora o Garguerin, según el barrio. No hay guías habituales, raza parasitaria que no se encuentra más que en Sevilla, en Granada o en Córdoba; pero en España no importa alguien abandonará su trabajo o su tiempo libre no solamente para indicarnos el camino sino hasta para acompañarnos a dos horas de allí. Ni siquiera es necesario darles propina para



Cuevanas de comienzos del s. XX y paisaje troglodita de Calguerín, en Cuevas del Almanzora. (Reproducida del libro *Memoria visual del siglo XX (1901-2000)*, de E. Fernández Bolea y Juan Grima Cervantes, 2000).

agradecérselo: ellos la rehusaran con una amable arrogancia o la aceptaran por cortesía, pero les habréis ofendido.

Las cuevas, o habitaciones trogloditas, son muy numerosas en esta España pobre donde estos hombres sobrios instalan como pueden moradas rudimentarias. Hay en todas partes, como en Granada, donde ellas componen el famoso barrio de los gitanos. Pero rara vez forman, como aquí, como en Santiago de Guadix, como en Purullena, verdaderas villas, con centenares de moradas y la población de un lugar de distrito. No se diferencian, del resto, más que por la belleza o la grandeza del lugar.

Es el señor don Jesús Caicedo Lonja quien se ofrece a guiarnos: un anciano curtido, delgado y atento, quien pasaba por la calle y a quien hemos preguntado nuestro camino. El nos lleva a través del burgo por las callejuelas blancas y doradas taponadas de chiquillería. Está aquí la villa en relieve, en oposición a la villa en profundidad que vamos a ver. Indudablemente se edifica la primera con lo que se ha retirado de la montaña para excavar la segunda. Esta es de alguna manera independiente de la otra: tiene su plaza pública, su fuente y su depósito de agua, lo que constituye el organismo esencial de una aglomeración andaluza. Esto no es de ningún modo, como se podría creer a través de las fotografías, un lugar desierto perdido en la sierra; es un arrabal de la villa, su barrio pobre, si se quiere, tan populoso como los

otros, y que no parece despoblado sólo porque el sol hace entrar a cada uno en su cubil.

Se compone de varios circos de roca, unidos uno a otro por fallas, y se termina por un alto acantilado que es el barrio de Garguerín. El conjunto tiene el color de la arcilla seca. Es una especie de melaza bermeja carcomida por las lluvias, trabajada por el viento, gastada por los pies de los hombres. Ningún brote sobre esta materia porosa, ni el mismo cactus ni el falso olivo. El paisaje, salvo en Garguerín, que aparece detrás de un palmeral, está desnudo de toda vegetación. Es la desnudez de la piedra al día siguiente del gran retroceso de las aguas.

Las paredes de piedra que resguardan a los hombres tienen de cincuenta a doscientos metros de alto. Están excavadas, desde la base a la cima, de cavernas cuya mayoría no tiene más que una puerta, y algunas una sola ventana sin cristal, estrecha como una veta. La fachada está formada por el macizo que ha sido tallado verticalmente. La montaña está así dividida en gradas que los senderos rugosos enlazan una a otra. Cada piso tiene su hilera de puertas abiertas irregularmente en la roca. Todas tienen su marco, como el de las ventanas, enjalbegado a la cal. Nada es más extraño que esta montaña pardusca sembrada de rectángulos de un blanco brillante.

Don Jesús Caicedo Lonja nos ha llevado enseguida a Garguerín. Es un largo y alto acantilado, detrás de

una huerta bien cultivada. Una cortina de datileras hace de él un paisaje del Atlas o del valle del Nilo. Esta fachada enorme, las cornisas guarnecidas con flecos para las lluvias, excavado de habitaciones, horadado de puertas y de ventanas a todas las alturas, me recuerda singularmente la gran necrópolis de Tebas, por encima de Dêr-el-Bahri.

Es evidentemente la maravilla del lugar. Pero no es para lo que nuestro guía nos ha llevado allí. El tiene su idea, que cabe en la mentalidad española y que sólo es misteriosa para nosotros. Nos hace entrar en la más hermosa casa de la huerta, un edificio de alto estilo precedido de un gran jardín sombreado. No es su casa, ni la de un pariente, ni la de un amigo, es solamente la casa más bella. Somos introducidos en un salón decorado con espejos y litografías románticas que cuentan a lo largo de los muros la vida y la muerte de Cortez. Hay allí cuatro niños con los ojos enfermos y una mujer joven muy bella y muy triste que nuestro guía no nos presenta pero que nos hace sentar y nos trae un gran vaso de agua fresca.

Es el saludo del agua, que yo encontraré en toda Andalucía. Expresa la buena acogida en lo que hay más raro en el país: la frescura y el agua. Es de buena cortesía, para despedir a su huésped, vaciar hasta el fondo este vaso que contiene un buen medio litro. Si no bebéis más que un trago, se tira el resto para indicar que esta agua os pertenecía, y se llena de nuevo el vaso antes de ofrecerlo a una segunda persona. No es manera de presentar el vino: no se bebe más que en las comidas y en el cabaret. El agua es una materia más noble, y sin duda más preciosa. Un español aprecia los diferentes gustos del agua, como un francés del vino. El os hablará de una fuente, como de una cosecha, os alabará el agua de ciertas villas, y en estas villas, de ciertos pozos. Yo he ido a beber a fuentes que se me había recomendado a tres o cuatrocientos kilómetros de allí, y he reconocido que no se me había engañado nunca.

Nos despedimos de esta mujer que no conocemos y que nos acoge con tan bellos gestos bíblicos. Ella no quiere que Marie-Jeanne se vaya sin llevarse un ramillete de jazmines. Don Jesús nos precede a través de los cráteres populosos. Yo admiro que la vida humana haya podido adaptarse a estos lugares malditos, roca, polvo infértil, sequedad, sol mortífero. Ni una sombra baja de estas pendientes oblicuas. El calor se condensa entre las paredes deslumbrantes. Es necesario ir muy

lejos, por senderos abruptos, descender hasta seis o siete pisos de cavernas, para llenar las jarras que se paga en la fuente como en un mostrador.

Sin embargo todas estas casamatas donde entramos con nuestro guía son de una limpieza que es aquí un heroísmo: las paredes de piedra recientemente blanqueadas, los muebles bien lustrosos, los cobres brillantes colgados en figuras geométricas, como las panoplias. En todas partes, se nos hace la ofrenda de un vaso de agua, y como no hacemos más que mojar los labios, se tira alrededor lo que queda, como si el agua, en esta aridez, no costara ni dinero ni trabajo. Este beber de los pobres es emocionante.

Yo me complazco en esta decoración que no tiene ningún atractivo. Un hombre de Francia hubiese levantado aquí un muro de piedra, traído tierra del valle, plantado alguna cosa para alegrarse a su sombra, y el cráter se habría convertido en un jardín. Pero habría perdido su nobleza desnuda y la virtud de este contraste entre la esterilidad de la montaña y la fecundidad de los que la habitan.

Por los toscos senderos que van de piso en piso y de puerta en puerta, llegamos al fin a la plaza de las Aguas. La he nombrado así porque su milagro ha hecho nacer en este cascajo una fuente, un lavadero y un ramo de eucalipto. El parloteo de las mujeres brota del lavadero como una eterna disputa. Delante de la fuente, una tropa de asnos cargada de *cantaras* vacías espera, resignada, que los otros hayan llenado. Cosa extraña, no hay una mujer en la fuente: son los hombres los que hacen la faena del agua.

Don Jesús quiere llevarme al templo, a casa del gran sacerdote. Es una casa blanca en un jardín bien regado. El pontífice es un hombre todavía joven, con un bello rostro pensativo. El sabe que tiene en sus manos la vida y la muerte del pueblo. Nos saluda y nos hace entrar en el santuario: una bóveda de cemento donde reina un frescor que nos calma la piel. Enormes tubos suben del suelo, se acodillan, vuelven sobre ellos mismos, atraviesan las murallas, forman en este ábside una tribuna de órgano escarlata. El hombre hace fuerza sobre las manivelas, hace deslizarse una puerta blindada. Descubre una inmensa nave llena de un día lunar: el reflejo del agua. Los muros se sumergen en su profundidad. Este gran lago prisionero, es la reserva de las Cuevas para todo el verano.





El famoso poeta local José María Martínez Álvarez de Sotomayor (1880-1947).

Yo me maravillo, marchando al lado de don Jesús, de lo que yo llamaría la liturgia del agua. El no me responde, me habla de Bépé Sotto, me habla de la casa de Bépé Sotto. Yo comprendo que se trata de un hombre que ha entendido el carácter sagrado del agua, pero los matices del andaluz se me escapan, y no comprendo el resto. Vamos a ver la casa de Bépé Sotto: Don Jesús, yo no se porque, posee una llave.

La mansión es rosa y verde en medio del palmeral, casi morisco con su patio adornado de cerámicas y sus habitaciones frescas apenas amuebladas. Sería bueno trabajar allí, lejos de los libros y del ruido. Bépé Sotto no está allí, él vive en la villa. Me gustaría conocer a este hombre que tiene una casa de campo tan conforme a mis gustos. Sin duda don Jesús ha adivinado mi pensamiento, porque al volver a la villa vuelve a hablarme de Bépé Sotto, nos invita a ir a verle. Yo comprendo que Bépé Sotto es una gloria del país, y voy allí con tanta curiosidad como simpatía. Yo me figuro una especie de Adam de Craponne, que habría captado las aguas de una a otra Durante.

Entramos sin preámbulo en una pequeña casa de una calle cualquiera. Mi guía, sin llamar, me hace

entrar en una habitación llena de libros, decorada de carteles de teatro y de coronas de laurel. Eso parece la celda de un comediante de provincia. Bépé Sotto, que me recibe, tiende la mano, tiene el rostro muy hecho y el mentón azul de un actor. Creo que se trata de uno de los comediantes que comparten con los matadores el amor del populacho, tengo ganas de irme de allí. Pero Bépé Sotto se presenta, y yo le aprieto la mano con efusión.

Es José de Sotomayor, el gran poeta andaluz. No se llama aquí más que Bépé Sotto por familiaridad y por afecto. Es el autor de esta admirable *Seca (La Sécheresse)*, que es la expresión misma de este país espléndido y sediento. Así el oficio del agua continua por la voz de aquel que allí ha divinizado la bondad. Su palabra es demasiado rica para mi castellano usual, y pierdo, ¡ay de mí! El sentido íntimo de lo que me dice. Quiero hablarle de su casa de Garguerín y de la alegría que sería trabajar en las habitaciones desnudas. Se levanta enseguida, va a un cajón, vuelve y me tiende un objeto:

*-Es la llave de la casa: es vuestra.*

## MOJÁCAR

No hemos aceptado la hospitalidad generosa del poeta. Este no es el momento de trabajar sino de vagabundear por los caminos.

Rodamos ahora hacia Sorbas. La carretera ondula entre largas colinas rubias sembradas de árboles raquíuticos y de jaramagos melenudos. Las cimas azuladas de la Sierra Nevada rellenan el fondo del paisaje. A la izquierda, el mar hace trazo opaco entre el azul delicioso del cielo y el rojizo de la tierra. La sola mancha verde es una loma piramidal tapizada de una vegetación de maquis: sostiene una capilla blanca, baja y redonda como un morabito.

Más lejos, sobre la arista de una vertiente que corta en seco el fondo transparente de la sierra, dos campesinos envueltos en una especie de albornoz blanco suben, al paso lento de sus asnos, hacia una granja árabe hecha de bloques cúbicos del color rubio del sol. Un solo árbol, plantado delante de la granja, resiste al viento que lo levanta. No espero hacer salir de este croquis la emocionante belleza de esta composición. No más que la de los Callargos, con sus casas pintadas en azul cielo, en un decorado de valle verde y de olivares plateados.

-¡El agua!

¡Acabamos de dar a la vez el mismo grito. Grito de alegría, de sorpresa, de triunfo, de entusiasmo deportivo! Después de Orihuela no habíamos encontrado un estanque, un río, un canal, un arroyo para bañarnos. Los ríos no son más que pedruscos de donde sube una vibración de calor. Lo que tenemos delante se llama el Río de Aguas, el Río de las Aguas, por oposición, sin duda, a tantos otros que no ofrecen más que guijarros o arenillas. De verdad, no rueda una marea impetuosa ni circula con majestad en las fértiles praderas. Es un pobre arroyo, al fondo de un torrente desnudo. Pero en fin, éste corre, y se ve brillar olas menudas como las escamas de un pescado. Metiéndonos allí de bruces, tendríamos todo el cuerpo en el agua y la sentiríamos pasar sobre nuestro espinazo. Este pensamiento nos hace delirar de impaciencia.

Desgraciadamente el torrente es profundo y las pendientes abruptas. No llegamos a descubrir el sendero que baja al arroyo. Cansado de luchar, nos paramos delante de una venta donde dos caballeros en pijama degustan vermut en un triángulo de sombra. A nuestra pregunta, se ofrecen en seguida a dejar sus vermut y su sombra para mostrarnos el camino. Nos hablan hasta de una piscina donde hay bastante agua para nadar. Veo a Marie-Jeanne desfallecer de voluptuosidad. Yo mismo, siento mí razón irse de allí: España entera se cubre de pronto de nenúfares.

Seguimos a los jóvenes por un sendero rocoso, bajo el sol de mediodía que cae a plomo sobre nuestras cabezas. La tierra humea, las hierbas se resecan, pero nosotros no sentimos los rayos que nos cuecen. No pensamos nada más que en la piscina. Nuestros guías nos la describen como la más bella del país. Nos vamos a sumergir entre las libélulas, descender hasta las largas hierbas que tapizan el fondo de piedra, en el plateado de las burbujas de aire. Yo rememoro, como un febril, todas las bellas aguas donde he nadado: la gruta de Capri, el Gard bajo el puente romano, la fuente de Ombra. He empujado a nuestros guías para ir más deprisa. En cada recodo del sendero yo espero descubrir la capa verde rodeada de rosales o de laureles.

-¡Aquí está!

Se han parado delante de una choza de piedras que puede tener dos metros de lado. Esta recuerda a esas cabañas donde los obreros de la viña vuelven a poner



Mojaqueras con cántaros posando para el fotógrafo. (Reproducida de *Guía turística del levante almeriense*, de J.A. Grima Cervantes, 1990).

sus herramientas. Se oye venir del interior un chapaleteo de agua removida. No hay ventana. La puerta está cuidadosamente cerrada. Yo pregunto, la voz ahogada por la angustia:

-¿Es esta la piscina?

José Alarcón Fuentes, uno de nuestros guías, me hace señal que sí.

-Es necesario esperar un poco, nos explica, hay alguien.

Añade enseguida:

-Está muy frecuentada. El agua es muy buena para las enfermedades de la piel.

Precisamente el bañista sale de la "piscina": Está adornado de un magnífico eczema.

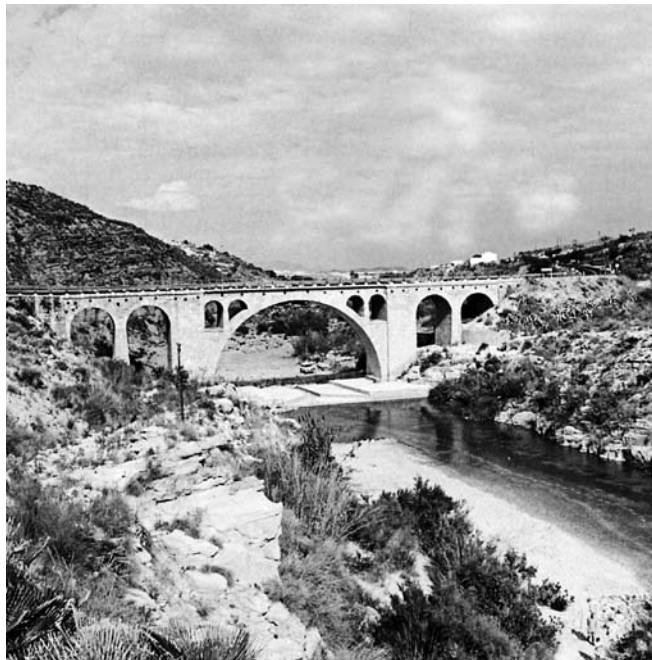
Nosotros estamos hundidos. Todo el sudor que habíamos reprimido durante el trayecto desbordó de un solo golpe.

-¿No entráis? Insiste el señor Fuentes.

Busco una excusa:

*Euh...no... gracias... debe estar demasiado fría... queremos mejor bañarnos en el arroyo.*

Eso no es fácil: No hay diez centímetros de agua. Edificamos una barrera con piedras gruesas y formamos así una cubeta donde nos extendemos de lado a lado, poniéndonos planos como las platijas para tener agua sobre todo el cuerpo. Está fresca. Es deliciosa después de todo. Estamos allí, tumbados sobre la espalda,



Vista parcial del puente sobre el río Aguas en las proximidades de Turre. (Axarquía, nº 2).

los brazos a lo largo de las caderas, la nuca sobre una piedra, similar a dos figuras en la tumba. No decimos nada, disfrutamos de esta caricia continua. Hemos olvidado nuestra decepción. Estamos felices como los renacuajos.

José Alarcón Fuentes viene a sacarnos de nuestro éxtasis.

*-Es la una. Nos complaceríais en aceptar el almuerzo.*

Yo respondo, desde el fondo de mi lecho líquido:

*-Con mucho gusto... Donde vamos?*

*-A Turre. Después, si a usted le parece bien, os enseñaremos Mojácar (Aquí se pronuncia Mokhacar).*

*-Qué es eso?*

*-Es una villa completamente morisca. Os gustará de verdad.*

Es así como buscando el agua yo he descubierto esta joya de la España desconocida. Se llega allí por una carretera execrable que se separa, a la izquierda, de la carretera Vera-Sorbas, dos kilómetros después de los Gallardos. Esta pista trans-sahariana pasa por Turre y se dirige después hacia Garrucha. Antes de entrar en esta última villa, se vuelve a la derecha y se costea el mar durante cinco o seis kilómetros. El camino toma en este lugar el aspecto de un terreno trastornado por un temblor de tierra. La primera pista que se encuentra a la derecha conduce a Mojácar. En la época en que yo he visitado este burgo extraño se echaban los ci-

mientos de una carretera que va directamente de Turre a Mojácar. Si el acceso allí se hiciera más fácil, es de temer que ésta admirable cosa, sacada de su aislamiento, no pierda mucho de su carácter.

Seguimos a nuestros guías que pilotan un Ford alto sobre ruedas, como se encuentra uno por todas partes, en Tahití como en Tonkín, y que parecen hechos para rodar en el matorral extenso. Volvemos a encontrarnos, antes de Turre, el Río de Aguas que se pasa por un puente de piedra, y que forma allí un pequeño cañón verdeante que dominan una casa blanca y una inmensa datilera. En Turre, almorzamos en una posada: ensalada de pescado y de pimientos regado de un incomparable *vino asolerado*, que tiene el color y el bouquet del rancio de Port-Vendres. Admiro una araña de cristal que se parece a la caída de un surtidor: Me gustaría llevarme esta cosa tintineante y frágil pero el estado de la carretera me llama a la razón. Es tal que cerca de Garrucha yo digo de abandonar mi coche y continuar a pie.

*-Todavía quinientos metros, me dice José Fuentes, y estamos en mi casa.*

Es un gran edificio, casi al borde del mar. Esto tiene de almacén de contrabando y de cooperativa de alimentación. Perdido sobre una playa inhabitada, encierra las mercancías para mantener una ciudad.

Se nos presenta a don Antonio Fuentes B..., *cura párroco* de L..., tío de nuestro guía, que se repone al borde del mar de las fatigas de su sacerdocio. Es un grueso hombre simpático y muy redondo, que lleva alegremente una cabeza de bonzo chino. Está vestido con un largo pantalón de alpaca negra y un traje de baño que le deja desnudos los brazos y el contorno del cuello. No lleva como marca de su sacerdocio más que un gran escapulario multicolor, que le cuelga sobre el pecho.

Abandonamos nuestro coche delante de la puerta de la casa y nos embarcamos en el Ford que sale, contoneándose, a través de los surcos de la carretera. Los "cassis" tienen aquí un pie de profundidad, y los carriles petrificados absorben los neumáticos hasta las llantas. Yo preferiría la marcha a este galope de dromedario con locura, tanto más cuanto que el señor Marcos Martínez Galindo, que lleva el volante, se excita en los virajes como si rodara por una autopista.

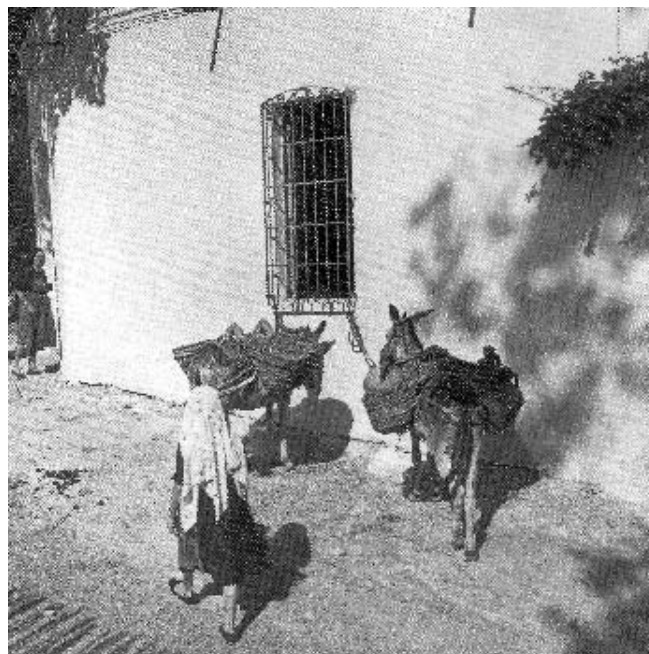


Llegamos después de todo ante Mojácar. Aparecía al fondo de un valle verde, entre altas rocas erizadas de cactus. Está edificada sobre una colina en cono truncado que recubre enteramente con sus casas todas parecidas por su forma cúbica y sus techos en terraza, la mayoría pintadas a la cal, al menos hasta la altura del primer piso, algunas rosas o azuladas, las más pobres del color de la arcilla de la que están enlucidas. Se ha construido primero las de la cresta, alrededor de la iglesia tan humilde y tan baja que no se la distingue de las moradas de los hombres. En su desarrollo, el burgo ha descendido las pendientes abruptas, de manera que las casas menos viejas son las que tocan el valle. Esto no forma una serie de gradas o de pisos, sino que todos estos cubos se encajan y se superponen dando a la villa el aspecto de un bloque de cuarzo, de un aglomerado de cristales. No se descubre ni callejuelas ni escaleras tal cantidad de moradas están bien agrupadas. La impresión mineral está también reforzada por el hecho de que en toda la villa no hay la menor traza de vegetación. Ni un jardín, ni un árbol entre estas facetas cretáceas, ni una planta en las terrazas. Los ángulos, las superficies, verticales o planas, los agujeros, que son las ventanas, los bloques cuadrados, que son las chimeneas, eso sin un vacío si no es a veces un contrafuerte de la roca, blanco y seco como un hueso al sol.

Se encuentra sin embargo cinco o seis plataneras a la entrada de la villa. Forman un lugar exiguo en el que comienza la cuestecilla que trepa en zigzag hasta las últimas terrazas. Dominan una gran fuente sin sombra, que es también el lavadero del pueblo.

Inmediatamente se conmueve uno por el carácter único de su población. Parece compuesta nada más que de mujeres y niños, de mujeres sobre todo. Todas tienen el tipo berebere refinado por el contacto latino, y todas sin excepción, desde las más viejas a las más jóvenes, llevan el chal o *mantón*.

El de las mujeres casadas es negro, como su vestido, hecho de un cachemir muy flexible y sedoso, replegado en dos triángulos, uno más corto que el otro, y puesto sobre la cabeza, muy hacia delante, de modo a formar visera y a sombrear la cara. Las dos puntas del chal descenden hasta las rodillas y flotan libremente. Pero tan pronto como la mujer percibe a un hombre, trae de nuevo horizontalmente uno de los picos del mantón delante de la nariz y la boca, exactamente como en las calles de Fez o de Marrakech.



Mujer en busca de agua de la fuente de Mojácar. (Reproducida de *Axarquía*, nº 8, 2003).

Es por tanto un pueblo católico, con su iglesia y sus capillas, a algunos kilómetros de un puerto de comercio como Almería, y donde los hombres trabajan las minas de los alrededores o hacen la pesca en las costas. Tan fuerte es la supervivencia berebere en Andalucía, que marca el tipo humano y ordena las costumbres de una ciudad.

Las niñas jóvenes tienen un chal muy pequeño, de un adorable color aurora, con un sembrado de flores rosas o azuladas, hecho de un algodón ligero. Ellas lo llevan del mismo modo que las mujeres casadas pero no se ocultan nunca el rostro. Ellas están, por lo demás, vestidas como todas las niñas del pueblo en España, blusa de algodón y falda de largos pliegues, ensanchándose hasta media pierna.

Cualesquiera que sean las ocupaciones de las mujeres en el exterior, no se quitan jamás el *mantón*, ni para las compras, ni para el transporte del agua, ni en el mismo lavadero. Ellas no lo abandonan más que en su casa, y si la puerta está cerrada. Las que se ve reunidas en un cuarto y hablándose con fulgor, tienen el chal sobre la cabeza. En los oficios religiosos, llevan todas, incluso las jóvenes, el *mantón* o una toquilla negra.

El transporte del agua es su principal ocupación, al menos la más visible. No hay más que una fuente: está en lo más bajo de la villa, y es necesario casi una media





Vista parcial de Mojácar en los primeros años del siglo pasado. (Foto de Heilcher).

hora para bajar de hecho al valle. Vienen a tomarla en jarras en forma de ánfora que llevan apoyadas sobre la cadera, en el brazo arqueado. Esto es, a lo largo de la cuesta que baja a la fuente, un doble cortejo de mujeres que se vienen de allí con sus urnas vacías o remontan, con la cadera cargada. Las que bajan van con un paso alegre, los pies desnudos, el pecho invertido, el vientre hacia delante, la jarra ligera bajo el brazo, los velos negros o claros flotando alrededor de ellas, sonrientes, ruidosas. Las que suben van siempre dos o tres, en silencio, el cántaro sujetado en el pliegue del talle, con una marcha lenta, ritual, el torso derecho, la cabeza levantada, envueltas en su chal. La rubia arcilla, en su brazo derecho, les vuelve semejantes a los jugadores de lira.

Yo he escrito todo esto, como uno dibuja, sentado sobre una piedra, con el fondo de esta escala de los ángeles. Y ahora que yo vuelvo a llevar a la página estas palabras que no pueden perder nada de su trazo, escucho todavía el ruido suave que hacen, pasando cerca de mí, los pies desnudos de las que bajan.

Marcos Martínez Galindo nos hace entrar en algunas casas donde se nos ofrece desde la puerta el vaso de agua acostumbrado. Las habitaciones están poco amuebladas, tantas veces pintadas con cal que las molduras y los ángulos se borran bajo una capa secular. No hay baldosas en el suelo, sino un ce-

mento de porcelana lisa como un mármol gris. Los techos están hechos de cañas tendidas sobre las vigas y recubiertas de yeso. En el piso éste se pliega bajo mis pies, así como en las terrazas que están formadas de estas mismas cañas encajadas en la arcilla. El agua se vierte a la calle por cortos canalones hechos de un trozo de madera cuadrada tallada en forma de silbato por encima.

Las casas más ricas tienen un minúsculo patio, de un blanco de nieve, los muros decorados de pequeñas plantas que florecen en los cubos de metal, los bidones, las latas de conservas, suspendidos de un clavo por un hilo de hierro. Hay en el fondo una escalera de piedra cuyos escalones están tan blancos que parecen verdes allí. En todas las habitaciones, las alacenas de vidriera muestran un amontonamiento de vajilla de colores ostentosos, los cuencos, los vasos, las cafeteras, los platillos, y lo mismo las estatuillas, tan bien amontonadas las unas con las otras que tienen el aspecto de sostener el anaquel por encima.

Nosotros subimos hasta los últimos recovecos de la única cuesta. Yo no me canso de los decorados imprevistos que obra delante de mí. Lienzos lisos, blancos o violetas, según les golpee la luz o que la sombra les vele, encuadran las tierras amarillas, las colinas de moho o fragmentos de mar cuyo azul marino roe las aristas de los muros. La villa huye por debajo, entre

las salidas de los ángulos, en terrazas superpuestas de la que la última toca la colina de enfrente, cubierta de higos de Indias y de ágaves.

La humilde iglesia tiene bellas bóvedas redondas, un altar de vieja madera sin dorar y una tribuna de órgano sobre una doble arcada, como dos puentes de piedra superpuestos. La fachada, de gruesas piedras cimentadas, sin ventanas, sin ornamentos, la puerta baja y estrecha, es tan simple y tan desnuda que se ha escrito allí al pincel: *prohibido jugar a la pelota*.

Se desemboca al fin en una terraza que cae sobre la vertiente Norte de la colina. Es un picacho sin moradas donde se engancha una vegetación caprichosa. Domina un inmenso territorio de claras campiñas cuyos mamelones están nivelados por la altitud donde nosotros estamos. Eso se desarrolla con una armonía casi musical, en largas curvas concéntricas, como la dilatación del círculo que forma la caída de una piedra sobre la superficie de un estanque. Solo, el lado del Este está cerrado por altos montes ferruginosos que encierra y corona el azul del mar todo derecho hasta la mitad del cielo.

Al atardecer, nosotros cenamos en casa de nuestro nuevo amigo Fuentes, con don Antonio B... Mientras que fumo pensando en las portadoras de agua de Mojácar, el *párroco* tiene empeño en explicar a Marie-Jeanne todas las fases de una corrida de toros, espectáculo que ella no ha visto nunca. El lleva siempre su largo pantalón y su traje de baño que le moldea el vientre y los pectorales. Yo le veo entrar en la arena, cabalgando sobre una silla y venir a saludar al alcalde para pedirle las llaves del toril. El imita después, todo él sólo, la entrada de la cuadrilla. Matador, tiene el puño sobre la cadera, una sonrisa muy blanca; picador, se avanza sobre su silla, una caña contra la bota. El es cuatro mulas que galopan; imita con su boca el ruido de los cencerros; su escapulario bota sobre su pecho. El es también el toro que surge, cegado por la luz. El tiene los cuernos, muge, rasca el parquet. Representa sucesivamente todas las fases de la lidia: Las suertes de vara, de banderillas y de muleta, ésta representada por un trapo de cocina replegado sobre la caña. El es la bestia y el hombre, se estoquea a sí mismo, cae al suelo, de rodillas, vomitando sangre. Muere al fin, caído por tierra, con los ojos del toro que se extingue.

Yo grito: «*Olé!*». Se levanta riendo, mientras que Marie-Jeanne, toda pálida, le ve resucitar.

Conversamos bebiendo *a chorro* en un vaso de arcilla. Este torero conoce bien las cosas. Henos allí luego sobre la *Somme* y Tomás de Aquino. Yo parloteo en mi castellano, he metido allí todo lo que yo se: el latín, el griego, el italiano, vienen en mi ayuda. Habla pausadamente y yo no pierdo nada de sus instrucciones. Es un espíritu luminoso, perfectamente equilibrado, sabiduría, salud, poder, lucidez, en la abstracción.

Eso no me asombra. Yo se después de mucho tiempo que comprender bien la norma y la filosofía divina no impide saber también imitar una corrida.

## DE MOJÁCAR A GRANADA

Hay tres rutas para ir de Mojácar a Granada. Yo las he seguido las tres en diferentes viajes. Dos pasan por Almería, villa insípida que mejor quiero evitar o atravesar rápidamente. La primera de las dos, Adra-Motril, bordea, después de Almería, una costa monótona, hecha del mismo contrafuerte desnudo que se sumerge cien veces en un mar de arena gris. No toma majestad más que al elevarse a través de la sierra, entre Motril y Granada.

Es a lo largo de este trozo que se ha estabilizado durante meses el frente Sur de la guerra civil. No se sabía nunca donde estaba el enemigo, y se encontraba uno algunas veces cara a cara, entre patrullas, sin tirarse encima por tan poca cosa: se cambiaban las noticias del país fumando cigarrillos uno junto a otro, luego se decían: Adios! Y cada parte regresaba a su sector político. En Calahonda, fuimos a bañarnos a trescientos metros de las trincheras rojas: los camaradas de allí arriba miraban a Marie-Jeanne con sus anteojos pero se guardaban bien de tirar. Llegada la hora de desayunar, llevaban sus manos a las bocinas y nos gritaban: *Aproveche! (Buen apetito!)*.

La segunda Adra-Albuñol, sigue un instante el mismo litoral, vuelva a la derecha pasando un torrente, y sube doscientos metros a través de un magnífico paisaje de montaña. Se junta, después de Órjiva, con la carretera de Motril, en un descenso peligroso, como se encuentran a menudo en los alrededores de Granada.

Si consiente en acompañarme, se cogerá la tercera ruta, porque es la más variada, de una soledad gran-



El impresionante acantilado conocido como "El Afa" en Sorbas. Fotografía de Pierre Verger hacia 1935.

diosa, y sobre todo porque pasa por el castillo de la Calahorra, las Cuevas de Santagio, las de Purullena, y llega a Granada por un bello valle que recuerda nuestros paisajes franceses.

Volvemos de nuevo al río de Aguas, bajamos hacia Sorbas por un valle estrecho, pedregoso, sin atractivo. Pero bruscamente, al momento de pasar un puente de piedra sobre un torrente sin agua, los acantilados de Sorbas se levantan ante nosotros. Es una ciudad extraña, edificada sobre una especie de isla rocosa rodeada por todos lados por un foso natural. La roca arenosa hace un picacho de una centena de metros y lleva en su cima una línea de casas bajas y blancas de donde penden largas colgaduras de cactus. Se accede a la villa por una especie de dique o de terraplén que atraviesa

el foso: las pendientes enormes de este talud están totalmente cubiertas de pencas y de álces. Me recuerda Cuenca, esa extravagante villa de Castilla la Nueva, que no puedo hacer entrar en este itinerario, se posa, también, en la cima de un acantilado vertical, sus casas sacan sus balcones, apoyados por las vigas carcomidas, por encima de espantosos precipicios.

El largo descenso hacia Rioja, a través de las colinas cultivadas, y más lejos, las cuevas de una piedra que parece de barro seco, es de una grandeza monótona que ningún detalle viene a interrumpir. Es un poco más allá de Rioja que se toma a la derecha, pasando sobre un puente. Se comienza enseguida una larga subida que no se terminará más que en la llanura de la Calahorra...



# 1933

## Folklore y costumbres de España



Bajo la dirección de F. Carreras y Candi, la casa editorial catalana de Alberto Martín publicó varios tomos con el título *Folklore y costumbres de España*, en 1933. En el tomo III de la citada obra aparece esta breve reseña descriptiva de los poblados de cuevas en Almería y Vera, aunque probablemente se refieren a Cuevas del Almanzora. (Véase *La vivienda popular en España*, de Leopoldo Torres Balbás, p. 210).

### LAS CUEVAS ALMERIENSES

Parece ser Almería la provincia en la que más extensión alcanzan actualmente las viviendas troglodíticas. La misma capital tiene, enfrente del puerto, un barrio entero bajo tierra, excavado en el terraplén de un cerro. Le habitan gitanos y es de lo más mísero de la ciudad. Abundan también en todos los pueblos del río de Almería y en Vera, formando barrios enteros. En algunos de estos pueblos troglodíticos vense grandes peñascos calizos, cortados casi a pico, con numerosas oquedades, formando una extraordinaria colmena humana. A veces hay cinco pisos de cuevas superpuestas, a las que se sube por rampas talladas en la roca. Si la peña es muy escarpada se cava desde el interior hacia arriba, existiendo pisos altos con claraboyas a bastante altura. Para llegar cómodamente de

una a otra cañada se perforan túneles en las paredes de piedra. Chiquillos completamente desnudos, en aquel clima meridional, contribuyen a acrecentar la impresión de primitivismo. Algún industrioso troglodita, aplanando el peñasco, hace de su cueva taberna, lugar de recreo y jolgorio. Las puertas, rectangulares, se acompañan con fábrica de ladrillo o mampostería muy blanqueada, que regulariza la entrada y sujeta el cerco. Las chumberas suelen crecer en los pequeños rellanos de la montaña, entre los agujeros de las cuevas, y abajo, en el valle, levántanse las palmeras, contrastando su lozanía con la aridez del cerro habitado. Por encima de la entrada de las cuevas pobladas, vense en algunos sitios las bocas de otras hoy inaccesibles, que sin duda sirvieron de habitación al hombre prehistórico. De tal manera se perpetúan en nuestro país las condiciones de vida a través de docenas de siglos.



Vista general de Cuevas de Vera hacia 1874-84. Fotografía de J. Rodrigo.

## 1935

### Joaquín SANTISTEBAN Y DELGADO



En la presente ocasión, el erudito Joaquín Santisteban (Cartagena, 1870-Almería, 1959), de quien ofrecimos una breve reseña en 1924, ante la imposibilidad de investigar ese día en el Archivo Municipal e invitado por su amigo Miguel Flores González Grano de Oro, describe su visita a Cuevas, que fue publicada, primero, en el diario católico *La Independencia* (de donde era colaborador asiduo), 15-I-1935; y, de inmediato, en *El Censor* (28-I-1935), periódico cuevano a cuya redacción tuvo ocasión de conocer personalmente, así como los principales edificios históricos y educativos: templos, castillo, instituto y depósitos de agua.

#### MI VISITA A CUEVAS DEL ALMANZORA: IMPRESIONES

**E**l domingo, quinto día de mi estancia en Vera, no pudiendo laborar en el Archivo Municipal por no asistir los empleados, atendí la invitación de mi querido amigo Flores, y mediante el abono de 90 céntimos me transportó el auto Alsina a la región del Algar, palabra árabe que quiere decir Cuevas.

No os extrañe que emplee el nombre arábigo para designar la población; todos los pagos cercanos llevan también nombres árabes y en ella no debió contar con elementos Abén-Humeya, pues la saqueó, destruyó el archivo y pudo encaminarse a Purchena llevando algunos prisioneros cristianos. El resultado de aquel violento saqueo ha originado que Cuevas carezca de documentación histórica de la época morisca.

Llevando conmigo unos documentos referentes a Mojácar, propiedad de don Ginés Carrillo, que dejé a mi buen amigo Flores para su entrega; otros del mismo Flores, y uno de regalo para éste, curiosísimo por estar en árabe y tratar de Vera y que me había sido donado por don Antonio Navarrete, penetré en la populosa ciudad acompañado de un chico que me condujo sin vacilación a la casa de Flores González-Grano de Oro.

La dilatada vivienda que hoy ocupa don Miguel, es como todas las antiguas casonas: aireada, con grandes patios y, aunque muy modernizada, conserva siempre el ceño de su antigua opulencia. Decoran su entrada



El conocido escritor Miguel Flores González Grano de Oro (1879-1936). (Colección J. Grima).

unos apreciables cuadros al óleo de tres mujeres bíblicas: Jezabe, la reina de Saba y Sçefora, y en su precioso comedor y salas campean otros muchos con maestranes de Ronda y personajes políticos, rodeados de panoplias con relumbrantes armas, tapices, emblemas heráldicos y bandejas de repujada plata. Es, en resumen, la vivienda un compendio de riqueza y gusto artístico. En el último piso están las habitaciones del cronista de Cuevas y Garrucha, tan sencillas que no dan idea del fausto de la vivienda, no viéndose alrededor de la modesta cama más que libros, manuscritos y notas, símbolos de la fatigosa labor que representa para nuestro infatigable académico correspondiente de “La Historia”.



Calle principal de Cuevas.

Derecha: iglesia de la Encarnación en la primera mitad del s. XX. (Gentileza de E. Fernández Bolea).

Acompañado de tan ilustrado compañero y del sabio párroco don José Almunia y López Teruel, comencé mi recorrido de monumentos arquitectónicos y de las calles conducentes a los mismos; encontrando ya un pórtico de estilo morisco moderno, ora una preciosa casa de escultórica cornisa estilo renacimiento, o alguna ventana con bonito friso y cinto plateresco, reveladores todos ellos de un periodo de poderío y riqueza. Pero como en medio del más hermoso tapiz nunca falta una mancha o deshilado, en medio de la publicada riqueza arquitectónica de Cuevas se ve el forastero acosado por una serie interminable de pobres que demandan un dispendio con la más insistente tenacidad.

Las calles de Cuevas son más anchas pero menos limpias que las de Vera, siendo digna la labor del municipio que proyecta plazas, adoquinado de vías, derribo de viviendas con recodo, en suma que se preocupa del acrecentamiento de la ciudad que administra. Así no es extraño que Cuevas crezca y Vera disminuya de población.

Nuestro recorrido de iglesias fue admirable: la Parroquia de la Encarnación, la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, la Ermita del Santo Sepulcro, la de San Sebastián, la de San Diego de Alcalá y la de San Antonio Abad, admirando en todas ellas altares jónicos, corintios, de renacimiento, góticos, barrocos y churriguerescos y algunos policromados de encantadora belleza. No faltan buenos cuadros, ricos ornamentos sagrados, preciosos ternos, alhajas de incalculable mérito que comparten su lujo con las famosas esculturas, hechas por don Roque López, discípulo predilecto del Salzillo, imitador de las tallas del genial maestro. Una de estas obras es la Virgen del Mayor Dolor, que, aunque algo descuidada en el pliegado del manto, como indicando la apatía y el olvido de



sí mismo que produce el pesar, es en su rostro de líneas de una belleza indefinible.

No describo uno por uno los templos visitados porque ya lo ha realizado en *El Censor* mi querido amigo Flores en más de una ocasión, sólo afirmaré que el conocimiento de ellos produce bienestar en el ánimo y goce indefinible en la inteligencia, representando un agradable estudio de la evolución del arte en España.

Después de comer espléndidamente por dos pesetas en un bar que sirve una distinguida señorita, alumna del 2º año del Instituto local de Cuevas, visitamos este centro docente, el Castillo del Marqués de los Vélez y los Depósitos de Agua.

Ocupa el Instituto el local que antes poseyeron los Hermanos de la Doctrina Cristiana y en él se hallan clases bien alumbradas y amplias, patio de recreo para los alumnos, dormitorios para profesores y estudiantes, cuartos de baño, un magnífico refectorio y una extensa huerta donde se van a establecer un parque de aclimatación y un observatorio meteorológico. Según me manifestaron los profesores don Juan





El coche correo del Instituto de Cuevas. (Reproducida del libro *Memoria histórica, fotográfica y documental de Garrucha, 1861-1936*, J. A. Grima, 1991).



Vista del castillo de Cuevas. (Reproducida del libro *Memoria visual del siglo XX (1901-2000)*, de E. Fernández Bolea y Juan Grima Cervantes, 2000).

Gutiérrez y don Juan Sintas, que usaron conmigo de inmerecidas atenciones, se ha establecido en este Instituto el internado, y un servicio de automóviles que conduce a los alumnos desde los pueblos cercanos de los Gallardos, Turre, Mojácar, Garrucha y Vera, devolviéndoles a sus viviendas al terminar las clases. Inútil es ponderar la labor de este centro de instrucción que da vida a Cuevas cuando la paralización de los trabajos mineros le había privado del principal elemento de riqueza.

Antes de visitar los Depósitos de Agua y el Castillo me llevaron al Casino, donde tomé un rico café, y saludando al genial poeta Álvarez de Sotomayor aprecie en su trato que pocas veces se desmiente el refrán “el rostro es espejo del alma”. La frente de Sotomayor, de salientes lóbulos, arcos pronunciados, el corte de su pelo, sus ojos rasgados, serenos y soñadores, hacen descubrir al ser inteligente y calculador que busca en la hermosura de la frase la expresión de los más sublimes pensamientos y de los más sentidos afectos.

Gratamente impresionado, fui a estrechar la mano de un valiente periodista, el director de *El Censor*, que sostiene en Cuevas su decenario contra influencias políticas y bajas pasiones. Hombre maduro, ducho en la prensa, tiene en su obra la satisfacción de laborar el bien y trabajar para su patria chica, dignificándola y engrandeciéndola; es un Quijote, que aun rompe lanzas en honor de su Dulcinea.

Visité el castillo del Marqués de los Vélez acompañado de Flores y de don José Almunia, mansión austera, defensora de aquel valle, indudablemente poblado de conversos, que, aunque retocado en el pasado siglo, conserva aun el severo aspecto de su antigua

grandeza. Sus contrafuertes, barbacanas, adarves, muros almenados, rastrillo, Virgen a la entrada y farolillo alumbrante, escarpado contorno y banquillo de piedra para estribar, recuerdan épocas en que la Historia de España escribía sus páginas de oro, deslumbrantes y codiciadas. Las balas para barbacana o catapulta van desprendiéndose poco a poco y ruedan la llanura porque nadie piensa en volverlas a su antiguo emplazamiento, y una gran parte del fuerte es aprovechada para viviendas en la actualidad; sólo queda su Virgen roída por los elementos, el farolillo de la centuria XVI, sus torres y muros, y un pozo aljibe que ostenta en los hierros que sostienen la garrucha la cruz floreteada que usaban los invencibles Fajardos.

Por último vi los Depósitos del Agua que abastecen la ciudad, modelo de ingeniería y ejemplo de limpieza; y al salir, pensando en mi vuelta a Vera, llevaba en mi alma un agradecimiento profundo hacia Cuevas y sus habitantes que guardan tradicionalmente la hospitalidad generosa de los siglos pasados.

Si, como ha dicho recientemente el Dr. Schulten en *El Debate*, el carácter español es modelo de caballerosidad y finura, Cuevas es la expresión sintética de su carácter. Fonda, café, todo me había sido pagado, solamente tuve que abonar el auto Alsina, y eso porque acelere cuanto pude el pago.

Forzoso regresé a Vera y, al sentarme a cenar, con poco apetito, el mozo de comedor me alargó una cartulina que decía: “*El camarero felicita a V. la Pascua*”, tarjeta inoportuna que arrancó cinco reales de mi escuálido bolsillo. Dormí tranquilo, soñé en Vera y al siguiente día emprendí mi tarea de revolver papeles y leer escritos para muchos incomprensibles.

# 1935

## Miguel FLORES GONZÁLEZ GRANO DE ORO



(Cuevas, 1879 - Sorbas, 1936). Nieto de un prohombre cuevano, hijo de un rico industrial y socio de Luis Siret en algunas empresa mineras, fue historiador y comediógrafo; quizá, el más destacado de representante de la cultura burguesa local del primer tercio del s. XX. Entre 1902 y 1917 vive en Cuevas, aunque pasaba largas temporadas en Madrid, donde entabla amistad con la actriz María Guerrero y conoce a algunos de los grandes literatos del momento (Echegaray, Galdós, los Quintero, Villaespesa, etc.). En 1913 crea la empresa "Cinema Artística", con la que gestiona gran parte de los teatros-cines de la provincia. Tras la crisis de la Iª Guerra Mundial, a partir de 1920 centra sus actividades en Almería. Fue uno de los autores más prolíficos en la historia local y provincial en los años veinte y treinta del siglo XX. Miembro de la Real Academia de la Historia y de la Comisión Provincial de Monumentos, cronista y presidente del Sindicato de Riegos de Cuevas e hijo adoptivo y cronista de Garrucha.

En este breve trabajo, publicado en *El Censor*, de Cuevas (1-VIII-1935), y dedicado a D. Tomás Borrás, colaborador del *ABC*, Flores González nos ofrece una especie de guía breve para el turismo, donde se habla de sus principales recursos histórico-artísticos y sociales: los accesos, el castillo, los templos y sus piezas artísticas, los servicios fundamentales, la tecnología para desecar las minas de Sierra Almagrera, y, cómo no, un recuerdo especial para el célebre arqueólogo e ingeniero Luis Siret, "*perdido para la ciencia el pasado año*".

### CUEVAS DE ALMANZORA

**C**apital del partido judicial de su nombre, con 24.000 habitantes. Ciudad de bella edificación moderna, situada en la margen derecha del río Almanzora. Posee la más extensa y feraz vega de la provincia. Resguardada de los vientos por una cadena de montañas que la protegen por el Norte y Oeste, solamente se encuentra abierta al Mediterráneo, a lo que es debido su clima apacible y templado, semejante a una perenne primavera. En sus cercanías, a la orilla del mar, en el poblado de Villaricos, hoy pueblecito pesquero y de embarque de minerales, se descubrieron las ruinas de la antiquísima Baria, donde se han encontrado infinidad de objetos y lápidas fenicias, púnicas y romanas.

Sus principales riquezas son la producción agrícola y minera. En la primera se cuentan los naranjales y hortalizas que debido a las excepcionales condiciones climatéricas antedichas, son de las más tempranas y exquisitas de

España. En sus montañas (Almagro, Sierra Almagrera y distrito minero de Herrerías) se dan minerales de hierro, plomo, plata, cobre y manganesíferos: Produciendo bellos ejemplares de plata nativa, únicos en el mundo.

Tiene un Instituto Nacional de 2ª Enseñanza, con abundante material científico, biblioteca numerosa y capacidad para más de doscientos internos. El edificio posee jardín y huerta. Colegio de señoritas con amplio y bello edificio propio, dotado de jardín. Hospital de San Antón, Orfanato, Asilo de ancianos y Tienda Asilo. Cuarteles de la Guardia Civil y Carabineros. Treinta y ocho escuelas nacionales de primera enseñanza. Escuelas de párvulos y graduales de ambos sexos. Castillo del Marqués de los Vélez y conducción y depósito de aguas potables que merecen párrafo separado.

El castillo se eleva en la parte más alta de la ciudad. Consta de un recinto amurallado, pabellones, casa-fuerte y torre del homenaje. Comenzó a edificarse en el año 1507 y su perfecto estado de conservación muestra lo que es en todos sus detalles una fortificación levanta-



Plaza frente al Ayuntamiento de Cuevas de Vera. (Reproducida por gentileza de Enrique Fernández Bolea).

da en los principios de la edad moderna. Posee curiosos dibujos e inscripciones en los muros de sus mazmorras. Fue construido por el primer Marqués de los Vélez, don Pedro Fajardo, y actualmente es propiedad de don Carlos Caro y Podestad, conde de Cuevas de Vera.

Las aguas potables nacen en una montaña, en el paraje de la Ballabona. Toda la conducción se hace por tubería de hierro hasta los magníficos depósitos, de gran capacidad, de los que parten tuberías para las fuentes públicas y domicilios. También existe en parte el alcantarillado.

Tiene Administración de Correos, con todos los servicios del ramo, telégrafo y teléfono urbano e interurbano. Carretera a Aguilas, a Vera, a Lorca por Pulpí, a Herrerías, y a empalmar en el kilómetro 39 a 40 en el lugar conocido por la Ballabona, con la del circuito de turismo de Murcia a Almería.

Viniendo de Almería se debe desviar el turista a la salida de Vera (a la derecha) y reintegrarse, después de visitar la ciudad, a la carretera del circuito de firmes especiales por el ramal de la Ballabona antes indicado. Este servicio no aumenta el recorrido en más de tres kilómetros. Los que vengan de Murcia harán su entrada al revés, y los procedentes, o que se dirijan a la carretera de la costa, han de pasar forzosamente por la ciudad. Antes de entrar a ésta, se puede admirar su magnífica vega y el soberbio puente de hierro de 250

metros, con parabólico, que une a la ciudad con la antigua villa de Portilla.

Merecen visitarse: la Iglesia de San Antón Abad, donde se admira un San Diego de Alcalá, patrón del pueblo, obra escultórica de don Roque López, discípulo predilecto de Salcillo, y dos magníficos cuadros debidos al pincel de Madrazo con autógrafo dedicatoria. La Iglesia de San Antonio de Padua, que conserva un espléndido retablo de 1748, admirablemente dorado, obra del tallista murciano José Ganga y Ripoll, debido a la generosidad del señor jurisdiccional y una hermosísima Dolorosa, por el ya citado don Roque, continuador de Salcillo en el año 1787 en que se hizo la santa imagen. La amplia y hermosa parroquia de la Encarnación, consagrada en 1758, en que son notables: el tabernáculo, todo de mármoles blancos y ricos jaspes, con artísticas esculturas y un bajo relieve reproduciendo "La Cena" de Leonardo de Vinci; la admirable escultura de San Diego de Alcalá, tal vez debida al imaginero granadino Alonso Cano; la Virgen de las Maravillas, obra del escultor caravaqueño José Ortega; la Purísima Concepción, del inmortal Salcillo; la pila bautismal, enorme taza de mármol blanco, de una sola pieza, artísticamente labrada, la mayor de España, que mide 1,65 metros de diámetro por 1,15 de altura, y fue inaugurada con el bautismo del hijo de esta ciudad y después ilustre general don Fernando Álvarez de Sotomayor, inventor de los cañones de su nombre; la capilla de la sociedad minera Carmen del Jaroso, donde





Avenida de Atrales y la Cruz Grande o calle de García Alix, de Cuevas de Vera, en las primeras décadas del s. XX. (Gentileza de E. Fernández Bolea).

se venera la imagen de la Virgen del Carmen, patrona de Cuevas, que sirve de Sagrario, de estilo renacentista; está decorada por dos retablos con pinturas del artista sevillano José Roldán y la escultura de la Patrona con corona de plata pura procedente de las minas de Sierra Almagrera, colocada en un altar de ricos mármoles y piedras finas, primorosamente trabajadas por los escultores italianos Pedro y Fito Niccoli.

También merecen visitarse el Centro Obrero, instalado en edificio propio, antes casa-palacio de los marqueses de Almanzora, condes de Algaida; el Casino; el precioso Teatro Echegaray, de tres pisos; la ermita del Patronato, desde la cual se divisa una encantadora perspectiva de amplio paisaje de vega y serranías, cuyos últimos términos se esfuman en los azules del Mediterráneo que a lo lejos se divisa. Al pie de este mirador de ensueño se extiende la terrera de los Algares, como un monstruo esponjario, taladrada por millares de cuevas que sirvieron de viviendas a los moriscos pobladores del lugar y de las cuales tomó nombre la ciudad, que tan fielmente hace evocar los paisajes africanos por las innumerables palmeras que a su pie forman bosquesillos.

El turista no debe prescindir de hacer una excursión, puesto que sólo dista siete kilómetros y goza de cómoda carretera, al distrito minero de las Herrerías. Además de los importantes talleres, hornos de calcinación, etc., que poseen las sociedades explotadoras,

encuentras aquí algo difícil de hallar en parte alguna, el interesantísimo museo arqueológico del sabio ingeniero belga don Luis Siret, perdido para la ciencia en el pasado año, autor de muchas obras sobre materia y autoridad científica de fama mundial, que reunió un verdadero arsenal en armas, instrumentos de piedra, vasos de barro, armas de bronce, estelas funerarias y hasta una sepultura completa, la más famosa en el mundo, en la que se puede estudiar en todos sus detalles un enterramiento de la edad del bronce.

A un kilómetro se halla el establecimiento del Arteal, encargado de desecar las minas de Almagrera. En el exterior se encuentra la central eléctrica y a 250 metros de profundidad (220 bajo el nivel del mar) está instalada la sala de bombas, a la cual se llega por seguros y cómodos ascensores eléctricos. Esta ingeniosa obra ofrece la particularidad de que su pozo está perforado en terreno impermeable y se comunica con la zona inundada por una galería de cierre hermético, lo que permite visitar todas las dependencias sin peligro alguno. Desde ese cuerpo de bombas se hace la desecación de toda la Sierra por una sola tubería. El agua sale a altísima temperatura, roja y espesa, constituyendo un eficaz tratamiento para las afecciones reumáticas.

También existe junto a la población otro establecimiento balneario de aguas sulfurosas muy recomendado para enfermedades de la piel, llamado de los Cocones.

# 1935

## Juan CUADRADO RUIZ



(Vera, 1886 – 1952). Hombre polifacético y popular, estudió Derecho y pintura en Valencia, siendo profesor de dibujo en la Escuela de Artes y Oficios de Almería. Su gusto y buen hacer por el dibujo le llevó a realizar algunas exposiciones individuales y colectivas, obteniendo algunos reconocimientos; cultivó las charlas radiofónicas y el periodismo; apasionado del mundo taurino, en su juventud fue crítico en la prensa valenciana; llegando a realizar, además, algunos documentales sobre Almería.

Amigo y fiel colaborador de Siret, una de las facetas más conocidas sería la arqueología: participó en varias excavaciones, descubrió y trabajó en el yacimiento de los Blanquizaes de Lébor (Totana, Murcia) y en las estaciones de La Bastida y Cejo del Pantano; fue nombrado director del recién creado Museo Arqueológico en 1933; participó en varios congresos nacionales e internacionales y promovió eficazmente el celebrado en Almería en 1949; publicó numerosos trabajos al respecto sobre la zona de Totana, Almizaraque, la Cueva de los Letreros, la defensa de Vera frente a Abén Humeja y el embrujo de Mojácar.

Precisamente en uno de sus itinerarios arqueológicos, durante la visita que realiza a la Cueva de los Muciélagos de Albuñol, se detiene unos instantes en Adra y, a vuelo de pluma, nos relata las breves impresiones que nosotros ahora reproducimos. El trabajo en cuestión, titulado “Excursiones arqueológicas. De Almería a la Cueva de los Muciélagos en Albuñol (Granada)”, fue publicado inicialmente en 1935; más tarde, a iniciativa de José María Artero, éste y otros muchos artículos dispersos fueron rescatados y editados por Cajal en un volumen póstumo titulado *De arqueología y otras cosas*, en abril de 1986.

**S**igamos nuestro viaje. Hemos dejado atrás el camino de Guardia Vieja, la de los famosos baños romanos. Hemos dejado Balerna y el Empalme, donde se bifurca a la derecha la carretera que sigue a Berja –la Virgi romana, llamada después Medina Barcha por los árabes- y continuamos por la de Málaga, buscando de nuevo la costa. A media que nos acercamos a ella cambia otra vez la decoración del paisaje y, a la aridez del Campo de Dalías, sucede luego una espléndida vegetación tropical.

Cruza el auto frente a la antigua Albufera, bordeada de cañaverales. La carretera sufre una pequeña desviación por estar en construcción el nuevo puente sobre el río de Adra, río que nace en la vertiente sur de Sierra Nevada, entre el Cerro del Almirez y el de Montáire y, con su hermano el Andarax y el Guadalfeo, forman la terna de los que,

procedentes de la misma Sierra, vierten sus aguas en el Mediterráneo.

A este río, contagiado sin duda del ambiente general, no le interesa la Arqueología, hasta el punto que, según he oído decir a los naturales del país, en el primer tercio del siglo pasado, tuvo la mala ocurrencia, un día en que se “*le hincharon las narices*”, de socavar a traición el cerro donde se encontraba asentada la primitiva Alcazaba y otros restos de la dominación fenicia, y gran parte de aquellos gloriosos vestigios de un pasado esplendoroso se desplomaron pesadamente y fueron sepultados por las aguas bajo las arenas de su cauce o lanzados al mismo mar por donde entraran, procedentes de Oriente, las naves de los fundadores de la primitiva “Abdera”.

Hemos recorrido 51 kilómetros en una hora de marcha y nos disponemos a dar un vistazo a esta po-

blación que tanto interés encierra, no sólo para los amantes de la arqueología y de la historia, sino para los simples curiosos de la tradición y de la leyenda; la de clima y flora incomparables; la que inspiró al poeta Sotomayor su hermoso “Canto a Adra”, leído por él mismo el pasado año durante la semana de fiestas en dicha ciudad, y del que entresaco los siguientes versos:

*Adra, la andaluza Ceres  
de tan óptimos manjares,  
que en la sed de los quehaceres,  
da a beber a sus mujeres  
azúcar de sus cañares.*

*Dios puso en ti sus amores  
y te dio gracias tan finas  
y tan extraños favores,  
que nunca acaban tus flores  
ni se van tus golondrinas.*

Mientras descansamos un rato en un simpático bar, donde nos obsequia generosamente el Sr. Alcalde D. Ignacio López Lloret, antiguo amigo mío, charlamos del pasado de esta tierra tan digna de estudio.

A las playas de Adra arribaron las naves fenicias de Sidón y Tiro, fundando una factoría o escalón, antes aún de poner los cimientos de Cádiz. Por aquí desfilaron después, sucesivamente, dejando huellas de su paso, Cartagineses, Romanos, Arabes, cuantos pueblos invadieron nuestro suelo.

El inmediato Cerro de Monte Cristo, -cuya proyectada excavación va, al fin, en vías de ser un hecho- ofrece al visitante vestigios del pasado glorioso de esta tierra privilegiada. Por doquier se encuentran superficialmente fragmentos de ánforas, trozos de barro rojo, de barniz brillante, del tipo llamado “saguntino”, etc. Un detalle curioso: en el enlucido de la fachada de la Ermita de San Sebastián se ven incrustadas, aunque sin orden ni concierto, multitud de lápidas de mármol con inscripciones latinas procedentes de la necrópolis romana; lápidas de verdadero interés arqueológico y de las cuales se ocupa Hübner en su *Corpus Inscriptiorum Latinarum*; lápidas que debieran depositarse en el Museo Arqueológico de Almería para su estudio y custodia.

Del arte y de la estética con que las lápidas predichas fueron colocadas en la fachada de la ermita, bastará consignar que algunas de ellas aparecen con la inscripción invertida. El albañil que las fijó era sin

duda alguna como aquel del cuento, que para leer, le estorbaba lo negro...

En los comienzos del Cristianismo fue así mismo importante el papel que desempeñó Adra. Es fama que desembarcaron en su playa, antes que en ningún otro puerto de la Península, los siete Varones Apostólicos que vinieron a España a predicar el Evangelio: Torcuato, que partió de aquí, pasando la Alpujarra por el Puerto de la Ragua para Acci (Guadix), de donde luego fue obispo; Indalecio, que lo fue de Urci (Pechina?); Tesifón, de Virgi (Berja); Cecilio, de Illiberi (Granada); Segundo, de Alba (Abla); Eustaquio, de Cartua (Cazorla ?) y Eufrasio, de Illiturgi (Andújar).

De la época árabe también abundan los recuerdos y las tradiciones. Fue ésta la última tierra española que pisara Boabdil al embarcar para África, y cuenta la leyenda que, bajo las aguas de este puerto, quedó sepultado el alfanje de oro, prodigiosa obra de arte de aquel rey de Granada, alfanje que Boabdil lanzó al mar al dar postrer adiós a la patria de sus amores que dejaba para siempre...

Por Adra salieron también expulsados los últimos moriscos alpujarreños...

Pero me estoy extendiendo demasiado y el auto espera para continuar nuestro viaje. Dejo para otro artículo, dedicado exclusivamente a esta interesante población, muchas cosas que acuden a mi memoria; y después de despedirnos del Sr. Alcalde -que nos desea un feliz viaje y que no nos despeñemos por los tajos de la Cueva de los Murciélagos- reanudamos nuestra marcha.

El auto corre de nuevo por una carretera sinuosa y pintoresca que a la salida de Adra inicia la subida y que, tras de muchas vueltas y revueltas, ascensos y descensos, como en un inmenso tobogán, ha de bajar más tarde definitivamente en busca de la Rábita.

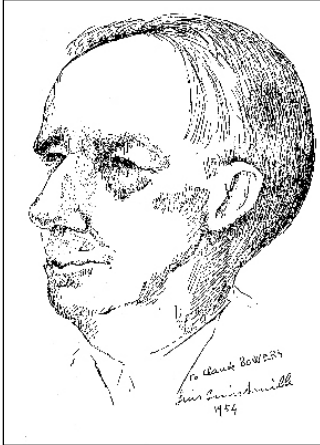
El Mediterráneo, este mar de azul incomparable, se ofrece ahora a nuestros ojos desde una imponente altura en toda su grandeza. A lo lejos asoma su cumbre la sierra de Gualchos.

Cruzamos frente a la aldea de Guainos, coronada por una torre de origen moro, como la mayor parte de los castillos de la costa. Hemos llegado al límite de la provincia de Almería y entramos en los dominios de su bella hermana...



# 1936

## Claude G. BOWERS



(1878-1958). Periodista, historiador y diplomático norteamericano. Fue Embajador extraordinario y plenipotenciario en España entre 1933 y 1939. Durante esos años conoció muy bien al pueblo español, por el que llegó a sentir cariño y admiración. Durante los tres primeros años recorrió la geografía nacional para comprobar personalmente las absurdas historias sobre el desorden y la anarquía, divulgadas por los agentes de la propaganda fascista. Simpatizó con los republicanos españoles y fue muy crítico con los totalitarismos, primero fascista, después comunista.

En compañía del general Fuqua y de Biddle Garrison, viaja por Andalucía en marzo de 1936: Madrid, Valencia, Alicante, Almería, Torremolinos, Málaga, Sevilla, Úbeda, Madrid, “lugares donde, según la propaganda, existía peligro”. Al final: *viajamos días, recorriendo centenares de kilómetros, sin ser testigos de desafueros, sin recibir afrentas, y encontrándonos los pueblos y aldeas tan tranquilas y observantes de la ley como lo son los de Westchester en Nueva York*. Su paso por Almería se ha obtenido de *Misión USA en España. En el umbral de la Segunda Guerra Mundial, 1933-1939*, Barcelona, Grijalbo, 1977.

**D**esde allí nos dirigimos a Almería. Durante muchos años los norteamericanos gustaron de las uvas de Almería, muy jugosas, y la prosperidad descansaba en un grado considerable en el mercado de los Estados Unidos. Hace unos 10 años, poco más o menos, nuestro Departamento de Agricultura prohibió la importación de estas uvas debido a la aparición de la mosca del Mediterráneo. Los años pasaron. Los viñedos de Almería dejaron de sufrir la plaga de la mosca, pero la prohibición continuó. Interín, Francia, que compraba algunos de los productos de Almería, los excluyó de su mercado para “proteger” sus propias uvas de la competencia, y así llegaron malos tiempos para Almería.

Por grande que fuera la cosecha, no producía ingresos, y una dura miseria reinó en el pueblo. Convencido de que se podía hallar una fórmula que permitiera la readmisión de esta deliciosas uvas en nuestro mercado, me interesé cerca de Washington para que se buscara una solución, y al final se llegó a concretar una. La gratitud del pueblo de Almería fue sincera, puesto que la reanudación de su comercio significaba avivar su fuente de vida. El plan que nosotros había-



Tareas de embarque de la uva en el puerto de Almería hacia los años 30 del siglo pasado. (Foto de L. Roisin).



Pescadores arreglando las redes en la explanada del puerto de Almería. A la derecha, personaje humilde de la Almería de los años 20-30.

mos previsto incluía refrigeradores, lo cual arrugó la piel de la uva y arruinó la venta en nuestro mercado.

Pregunté a un amigo del sur de España por qué algunos campesinos honrados de aquella región eran anarquistas. *“Creo que lo puedo explicar -me dijo- Estas gentes son terriblemente pobres e iletradas, pero generosas y altruistas. Si la despensa de uno está vacía, su vecino le abre la suya. Viven asociados en los términos más amigables y solidarios. Creen que, dejándoles solos para administrarse, no tendrían conflictos. Pero el gobierno promulga leyes que se interfieren en su pesca; la guardia civil impone la leyes sin muestras de simpatía; otros gobiernos prohíben la admisión de sus productos con un pretexto u otro; y ellos llegan a la conclusión, en su elemental forma de pensar, de que serían felices si no fuera por los Gobiernos”.*

Cuando presencié la miseria de esta comunidad, en otro tiempo feliz, comencé a entender. Aquí, seguramente, encontraría desobediencia y una actitud hostil; pero nada que remotamente se le pareciera pude ver. La imagen de Almería me persiguió durante el resto de mi viaje. La miseria se albergaba en el pueblo. Una total pobreza desfilaba por las calles. El hotel

principal era el peor de los que he visto en España, y, aún así, había rasgos conmovedores en el deseo del administrador por complacer. Aquella noche la capital se parecía a la ciudad de la muerte. No había ninguna clase de distracción, pues la masa de la población no disponía de pesetas para diversiones. Dimos con un espacioso y vulgar café donde la gente se congregaba y charlaba, sorbiendo un agua dulce de manantial que apenas les costaba nada.

Y en Almería, donde predominaba la injusta pobreza, innecesariamente impuesta, no encontramos sino cortesía. Sin duda alguna, ésta no era la “turbulenta España” a que se referían los periódicos de Londres y Nueva York.

La mayor parte del día siguiente la pasamos corriendo por una carretera encantadora, desde la cual contemplábamos el mar hacia Málaga. El azul del mar, los campos verdes, la púrpura de los viñedos, los pequeños pueblos, limpios y recién enjabelgados, con sus rojos tejados brillando al sol, hacían un cuadro inolvidable. Pese a que era domingo, vimos una a mujer atareada en blanquear su casa...

## 1938

Paul CAZARD



Retrato del autor por Charles Weiser.

Viajero impenitente, recorrió países lejanos y exóticos, como Madagascar, Egipto, Canarias y otras partes de Asia y África. Fue cónsul de Francia en Almería durante veinte años, periodo en el que llegó a convertirse, como él dice, en “un almeriense más”. Desde 1909 publicó en la prensa nacional y local diversos artículos y monografías sobre el cultivo y comercio de la uva en Almería. Redactó en 1925 el *Anuario de Almería* (capital y provincia), patrocinado por el Ayuntamiento de Almería, y traducido por E. Lacoste, obra en la que, además de tratar la administración local, las producciones, infraestructura y riqueza económica (minería y uva), cantaba las excelentes condiciones socioeconómicas de Almería para convertirse en estación invernal de primer orden para el turismo internacional. La ciudad le correspondió, honrándole con el nombre de una plaza y otros reconocimientos que el mismo autor refiere en el texto.

El relato de Almería se ha recogido de su obra *Aux quatre coins des Océans. Souvenirs d'un Cónsul*, 1938; pp. 163-183.

### ALMERÍA. EL ESPEJO DEL MAR

**E**n el curso de los años, los fenicios, los romanos, los visigodos, fundaron factorías en Almería y explotaron las riquezas mineras de la región: se ha encontrado medallas, monedas, lámparas y, en diversos emplazamientos, montones de escorias muy ricas, abandonadas en aquellas épocas lejanas.

Desde que los Musulmanes fueron dueños de ella, engrandecieron el puerto, notablemente resguardado por la naturaleza, le proveyeron de grandes obras de defensa e hicieron de él el más importante de la costa, el que recibía las naves de Siria y de Egipto, tanto como las de Pisa y de Génova. La ciudad encerraba mil posadas y diez mil telares llenos de seda renombrados en el mundo entero: terciopelos, damascos, brocados, satenes rojos, tejidos de oro. Bajo la brillante dominación de los califas Almorávides, ésta ciudad islámica tomó un desarrollo extraordinario si se cree el dicho popular:

*Cuando Almería era Almería  
Granada era su alquería.*

Granada contaba en esta época medio millón de habitantes.

En 1147, Alfonso VII, rey de Galicia, de León y de Castilla, que estaba en el apogeo de su poder, resolvió apoderarse de Almería “Bulevar del Islamismo”. La empresa era audaz: la ciudad estaba fortificada por tres recintos “Alhanadh”, “Gebal Alamin”, “Alhisana” y una gran fortaleza, la “Alcazaba”, cuya guarnición era de 30.000 hombres. Construida en 771 por el califa Abderraman I, esta gigantesca acrópolis árabe, admirablemente conservada, está edificada sobre una cima desde donde domina la llanura y vigila el mar.

Alfonso VII envió embajadores por toda España, en Francia y en Italia, los trovadores compusieron versos, de los que nos queda el canto de Marcobru escrito en latín, y el papa Eugenio III, inquieto de los progresos aterrantes de los musulmanes en España, exhortó a los príncipes cristianos “a cargarse de la cruz” y tomar parte en esa expedición que se llama “guerra sagrada”.

Génova, Pisa, Venecia y Francia respondieron a esa llamada y enviaron navíos a Barcelona, donde el conde don Ramón Berenguer tomó el mando de la escuadra más grande que hasta entonces hubo cruzado los mares. Alfonso había, por su parte, reunido una potente armada y Almería fue tan bien cercada por tierra y por mar que sólo las águilas habrían podido entrar allí.



Dueños de la ciudad, los aliados sacaron gran parte del botín y Alfonso dió por armas a Almería un escudo que tenía en el centro la cruz roja de Génova y en la orla diversos escudos de las otras naciones que tomaron parte en la conquista: Castilla, el Reino de León, Aragón y Cataluña, Navarra, Foix y Montpellier.

Diez años después, Almería volvía a caer en poder de los árabes hasta que, en 1487, el rey Abou – Abadía Mohamed el Zagal entrega las llaves de la ciudad a Fernando e Isabel y se embarcó para Orán con su corte y un gran número de súbditos.

El pasado de Almería responde de su porvenir: la dulzura de su clima, la pureza de su atmósfera, la designan como estación invernal de primera importancia, la belleza de sus monumentos, la fisonomía morisca que ha sabido conservar, las numerosas ruinas de las que está sembrada, obligan a los turistas a visitarla.

Cuando se ha experimentado en sí mismo la seducción de este mágico oasis, uno no se sorprende de que los moros pidan aún hoy a Dios restituirles esta límpida joya de Oriente, verdadero paraíso terrestre. Yo he sacrificado los mejores destinos de la “carrera” a esta ciudad de predilección de los poetas y de los sabios árabes, lugar de delicias célebre en el mundo entero, donde yo he sabido conquistar el afecto agradecido de todos.

\* \* \*

El 12 de agosto de 1930, *Le Fígaro* publicaba bajo la rúbrica – Aquí y allá -: “*Nuestro compatriota, M. Paul Cazard, cónsul de Francia en Almería (España), acaba de ser objeto de un favor bastante raro. La municipalidad de Almería ha dado su nombre a una plaza*”.

Al uso no es corriente atribuir el nombre de un vivo a una calle o plaza: yo sería, al parecer, el primer extranjero en ser así honrado en la Península.

El 25 de octubre de 1932, *Informaciones*, uno de los principales periódicos de Madrid donde colabora la élite de los escritores españoles, publica bajo el título “Un Hispanófilo Ilustre”, un largo artículo para señalar los servicios que había prestado a España.

La municipalidad de Almería me ofreció un nuevo homenaje de su amistad agradecido por mi obra fecunda y altamente desinteresada. Me es agradable reproducir aquí, con traducción de apoyo, la moción



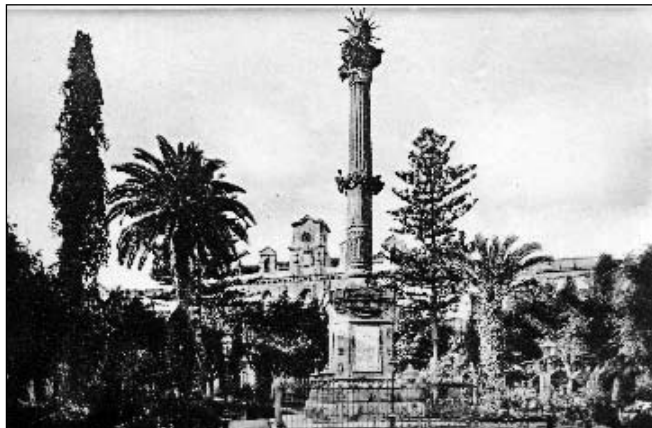
Arco “romano” de la Alcazaba en los años 30. (Foto de L. Roisin).

votada por unanimidad: esta bella página de español es digna de la pluma de Cervantes:

*Moción presentada al Excelentísimo Ayuntamiento de Almería por los concejales firmantes que fue acordada por unanimidad.*

*Excelentísimo señor: Un extranjero que reside hace muchos años en Almería, y que representa en nuestra ciudad a la noble y generosa Francia, viene ofreciendo constantes e inequívocas muestras de su amor a España y a nuestra ciudad. Lo mismo en el retiro plácido y sereno de su casa de Aurillac donde conserva con deleite y reverencia los escudos de Almería con los de su país, que en todos los actos y gestiones de su vida oficial de funcionario y en su vida privada de ciudadano, el amor a Almería parece siempre el más alto motivo de su inspiración y la más clara fuente de sus iniciativas.*

*Este hombre, en cuyo noble espíritu ha despertado Almería tan hondos afectos y tan ardientes simpatías, es Pablo Cazard, cónsul de Francia en la capital. Veinte años de residencia entre nosotros han hecho de este extranjero culto, amable y generoso un*



Vista parcial de la Plaza Vieja (hoy, de la Constitución) con el "pingurucho" de los Coloraos y la fachada principal del Ayuntamiento. (Foto de L. Roisin).

*almeriense más. Todos nuestros afanes, todas nuestras empresas, todos nuestros intereses, todas nuestras aspiraciones, cuanto es Almería y de Almería desde las bellezas que atesora hasta las riquezas que cultiva, todo ha sido para M. Cazard algo propio, algo suyo, abierto siempre el corazón para amarlo, despierta siempre la inteligencia para enaltecerlo, pronta siempre la voluntad para propagarlo por todos los pueblos de la tierra.*

*En 1909 editó una documentada y primorosa monografía titulada "Cultivo y comercio de la uva de Almería", que fue publicada en París bajo la dirección del Ministerio del Comercio y de la Industria, traducida a varios idiomas y publicada por la revista profesional madrileña La Liga Agraria. En 1925 colaboró activa y discretamente en el Anuario de Almería con brillantes trabajos sobre historia sobre el cultivo y comercio de la uva y sobre la riqueza minera, los cuales trabajos se publicaron en tres idiomas; unos estudios sobre el plátano de Canarias; un nuevo artículo sobre el comercio uvero en la revista francesa Vie à la Campagne, la más importante de Europa, e innumerables trabajos en la prensa francesa y española enalteciendo las bellezas y el clima de Almería a la que llama "segunda patria de su corazón y de sus ojos".*

*El hombre que viniendo de tierras extrañas ha sabido sentir por la nuestra tan nobles amores y dedicarles tan vibrantes cantos de alabanza merece ciertamente gratitud de parte del Ayuntamiento y una recompensa del Estado: muestra de esa gratitud le otorgó el Ayuntamiento titulado con el nombre de ese huésped ilustre una de las plazas de la ciudad y ahora parece obligado que la Corporación solicite del Gobierno de la República que otorgue a M. Cazard una recompensa adecuada a sus merecimientos y a sus servicios. Por estas razones:*

*Los concejales que suscriben proponen a V. E. se sirva acordar que se solicite del Gobierno el ingreso de M. Cazard en la*

*Orden de la República con el grado de Comendador señalado en el grupo cuarto de los establecidos por el Decreto de creación de 21 de julio, Gaceta del 23. V. E., no obstante, acordará lo que estima más procedente.*

*Casa Consistorial, 7 de noviembre de 1932.*

*Antonio Oliveros, alcalde; Miguel Granados, concejal y diputado a Cortes; Antonio Villegas, regidor síndico; Rogelio Pérez Burgos, regidor síndico y diputado a Cortes; Juan Compani, concejal y diputado a Cortes.*

La entrega de la decoración por el Alcalde dió lugar a una bella ceremonia solemne que la población prolongó en fiesta popular. En una mañana radiante, bajo los ¡hurras! del extraordinario grupo en la "Plaza de la Constitución", tan curiosa y tan típica, he vivido unos instantes realmente emocionantes.

Las insignias de la Orden deben ser vueltas al Estado, amigos desconocidos, deseosos de dejar en mi familia un recuerdo duradero y un símbolo de reconocimiento, me han ofrecido una espléndida medalla de oro, acuñada por la célebre casa Pérez Molina de Madrid: "A Pablo Cazard, Almería agradecida, 1934", en el reverso, el escudo de la ciudad.

El maravilloso periodista don Manuel López Suárez ha despreciado en *La Crónica Meridional* del 5 de febrero de 1936, la colección de arte español que yo he podido reunir en una casa construida en mármol y en ladrillo que tiene 52 metros de largo. Los turistas, los dueños de un yate, los oficiales de la Marina de Guerra, vienen a visitarla. El trinquete (punta-exterior) de una carabela de la época de Cristóbal Colón atrae muy particularmente la atención: bloque de palisandro tallado en forma de tiburón, en la boca del escualo hay una rueda de bronce y una rueda de madera en uso en los tiempos de los conquistadores.

\*\*\*

Esta situación, completamente sin rival, me ha permitido realizar una obra verdaderamente útil y patriótica: en el curso de la Gran Guerra yo he enviado a Francia millares de obreros españoles reclutados por mis cuidados y escogidos de la manera más juiciosa. Semejante contratación tuvo naturalmente una gran repercusión en toda Andalucía. Los caciques locales fulminaban –alza del precio de la mano de obra– a las autoridades, contentos de ver disminuir el paro forzoso y penetrar el bienestar, me daban todas las facilidades.



Trabajadores, pasajeros y mirones en el puerto de Almería. (Reproducida del libro *El Puerto de Almería*, de A. García Lorca, IEA).

El obrero andaluz es sobrio, económico, trabajador, muy inteligente. Yo no he recibido más que cartas de agradecimiento: sobre cerca de diez mil obreros –otro tanto de soldados en el frente- “cuatro” solamente fueron rechazadas. Cada obrero estaba provisto de su pasaporte y de un contrato de trabajo en regla, sellado por el ingeniero de la compañía, y por el Gobernador de la provincia.

Sobrevinieron solamente dos dificultades.

Un ingeniero, que había partido con trescientos obreros, me escribió desde Barcelona que el Gobernador quería obligarle a repatriarlos a Almería. Mi colega le había enviado a casa de su abogado que le había aconsejado partir abandonando el equipo. Añadía amargamente que había ya hecho más de cien mil francos de gastos, que su Compañía reclamaba los obreros no importaba a qué precio; me rogaba insistentemente intervenir de buena voluntad. Yo le telegrafiaba ir inmediatamente a ver al Gobernador, acompañado de un procurador, y pedirle pura y simplemente –de mi parte- si le autorizaba a pasar la frontera con sus obreros. En caso de negativa, partir solo y enviarme el proceso verbal redactado por el procurador. Algunas horas después recibía un telegrama dándome las gracias, todas las dificultades estaban allanadas.

M. Steeg, ingeniero, había ya introducido varios equipos en Francia, cuando me telegrafía desde San Sebastián que el Gobernador se oponía a dejar pasar la frontera a sus obreros. El Gobernador de Almería, era en ese momento allí uno de mis mejores amigos, yo le comunicaba el telegrama preguntándole irónicamente qué se barajaba su colega de San Sebastián. Saltó a la pluma,

envió un despacho urgente, tuvo la amabilidad de venir él mismo a comunicarme la respuesta satisfactoria.

La Sociedad anónima de los “Anciens Etablissements Chavanne-Brun Frères à Saint-Chamond (Loirie)” podría, entre tantos otros, atestiguar de mi concurso tan eficaz como abnegado en esta tarea común interesante la “Defensa Nacional”.

Por otra parte, los colonos de la provincia de Orán reclamaban a gritos la tradicional mano de obra española: particularmente apreciada por su espíritu disciplinado y su aptitud a los trabajos de los campos, esta mano de obra era empleada en su mayoría para la agricultura. El barco español que aseguraba el servicio semanal embarcaba a los emigrantes en los pequeños puertos de la costa, llegaba al atardecer a Almería, marchaba de nuevo el día siguiente al alba para Orán. El agente de la Compañía de navegación ponía a mi disposición todos los empleados que yo quería. Yo expedía los pasaportes por la noche –sin cobrar “abiertamente”- había llegado a ser legendario en el mundo de los trabajadores.

\*\*\*

Todos los turistas sueñan excursiones bajo el cielo puro de la Andalucía moruna, todos los yates hacen escala en Almería –Portus Magnus de los Romanos- cuya gloria es ser el vestíbulo de Granada.

Después de haber recorrido la Alcazaba, que recuerda el deslumbrador pasado moruno, los pasajeros de los yates parten en automóvil para Granada y Córdoba, ciudades de magia y de ensueño, y se vuelven a embarcar para Sevilla.





Vista de la ciudad y el puerto desde el cerro de San Cristóbal. (Foto de L. Roisin).

El 17 de febrero de 1930 entraba en el puerto un magnífico yate que enarbolaba el pabellón turco, algunos instantes después se paraban en el muelle un deslumbrante Rolls-Royce y un mirífico Buick. Yo admiraba ese bello navío cuando el Delegado de Turismo me vino a decir que su propietario deseaba hablarme y grande fue mi sorpresa al encontrarme en presencia de S. A. R. el príncipe Abbas-Hilmi, antiguo Jedive de Egipto. Su Alteza me invitó a subir a bordo de su yate “Nimet Allah” y ella me hizo el honor de pedirme de buena voluntad que le enseñara los monumentos de la ciudad.

Partimos al día siguiente en automóvil para ver el naranjal del marqués de Torre-Alta. Después de haber recorrido 30 kilómetros por una carretera tallada en los peñascos lunares, se entra sin transición en un inmenso bosque de naranjos, sembrado aquí y allá de laureles rosas en flor, luego el castillo con su alta torre cuadrada, en el centro de un oasis de árboles seculares dignos de los trópicos.

A las 14 horasr almorzamos a bordo del “Nimet Allah”. Yo no sabría describir la disposición y el confort de este bello yate donde he vivido durante algunas horas un cuento de las Mil y una Noches. Su Alteza hablaba de Egipto, de Constantinopla, Túnez, Fez, Argel; el coronel Watson Pacha, antiguo ayuda de campo del mariscal Kitchener, describía la batalla de Omdourman, la campaña contra los Boers, la Gran Guerra. Yo narraba mis viajes a Madagascar, al país de los Indios Mayas.

Qué contraste entre esta conversación familiar y las recepciones diplomáticas en la corte del Jedive... toda la gloria humana no es más que humo.

\*\*\*

En el curso de su viaje alrededor del mundo - 1934-1936- la “Korrigane” hizo escala durante ocho

días en el puerto de Almería, retenida por un levante persistente.

La condesa de Ganay no podría olvidar nuestra tan curiosa visita nocturna a la catedral, inmensa fortaleza que servía de lugar de refugio en la época de las incursiones de los moros. Mi amigo don Gregorio, sacristán mayor, que nos acompañaba, tenía cuidado de no alumbrar más que a medida las obras maestras que él quería hacernos admirar.

\*\*\*

Durante la guerra del Rif, el almirante Hallier, que mandaba la división naval destacada en las costas de Marruecos y que participó brillantemente en varias operaciones de guerra, en particular en el combate de Alhucemas, venía frecuentemente a Almería donde suntuosas fiestas habían sido dadas en su honor. Las jóvenes españolas soñaban los bailes familiares íntimos organizados a bordo de nuestros navíos de guerra.

Este gran marino, amigo del general Primo de Rivera, hizo demostración de notables cualidades de organizador y de jefe, previniendo o allanando todas las dificultades y sin tregua en acción. Durante largos meses y en circunstancias de tiempo a veces muy duras, ha sabido ejercer una estricta vigilancia de las costas marroquíes.

Al final de las hostilidades, nuestro amigo don Antonio González Egea, riquísimo propietario hipotecario y alcalde de Almería propuso al almirante hacer una excursión a Granada. Partimos en su soberbio Hispano, el paseo por la bella carretera en cornisa a lo largo del mar, después 40 kilómetros en línea recta hasta Adra, es un encanto: mar azul, cielo azul, en lontananza la línea severa de las sierras y las nieves eternas.

Habíamos ganado los montes, el sol había salido radiante, cuando el auto se detiene en un claro rodeado de árboles seculares. Don Antonio nos llevó sobre una cima donde se veía a simple vista las costas marroquíes. A la vuelta, el cubierto estaba puesto sobre un tapiz verde parecido al terciopelo: deliciosos sándwich, copa de champán.

Proseguimos nuestra excursión respirando el aire de las alturas y poniendo a prueba el aliento y la resistencia del motor a través de un magnífico paisaje de montaña...

# 1939

## Manuel SIUROT



La Palma del Condado (Huelva), 1872, Sevilla-1940. Hizo la carrera de Derecho en la Universidad de Sevilla. Acabados sus estudios, abre su despacho de abogado en Huelva, llegando a desempeñar los cargos de Juez Municipal, Magistrado Suplente y primer Teniente de Alcalde. En 1908 descubre su auténtica vocación, la de maestro, tras una visita a las Escuelas del Ave María, creadas por el Padre Manjón en Granada y que acogían a niños pobres y abandonados. Siguiendo su ejemplo, crea en Huelva las Escuelas del Sagrado Corazón, dirigidas y sufragadas por él mismo hasta su muerte. En estas Escuelas pone en práctica sus ideas pedagógicas basadas en la psicología del niño, sus intereses y la vida cotidiana infantil. Se encargó de los niños más necesitados de Huelva. Asimismo, en 1918 funda un Seminario de Maestros donde cursan gratuitamente la carrera de Magisterio muchos jóvenes.



La obra literaria del escritor onubense está constituida por una docena de libros, y numerosas colaboraciones en periódicos y revistas de la época: *Cada Maestrillo...*, órgano portavoz de sus Escuelas y del Internado, de difusión internacional, *Cosas de niños*, *Sal y Sol* y otras que destacan por su carácter didáctico, descriptivo y costumbrista. El año 1926 recibió el premio nacional Mariano de Cavía. Por su parte, la Asociación de la Prensa de Huelva le nombró Presidente Honorario. Tres años más tarde, en 1930, su libro *La emoción de España* fue declarado libro de texto en las escuelas oficiales del Estado. Y en 1936, la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla le honró con el título de Académico numerario.

El viaje a Almería se relata en su obra *La emoción de España*. Se trata de una visita didáctica, pues es la excursión de unos niños de Granada para conocer la ciudad. En este sentido describe la Almería de los años 30, su economía y su idiosincrasia, deteniéndose especialmente en su historia y leyendas de su antigua grandeza. *La nueva emoción de España. Libro de cultura patriótica popular por...* Ilustraciones de Fortunato Julián. [4ª edic.]. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez, 1940. La primera edición es de 1937; pp. 59-63.

## ALMERÍA

**C**omo se habían acostado muy temprano, antes que saliera el sol ya andaban algunos de nuestros amigos sobre cubierta.

Un marinero cantaba una tonada popular:

*Almería, quién te viera  
y tus calles paseara,  
y a Santo Domingo fuera  
a oír la misa del alba.*

El deseo del marinero se iba a cumplir inmediatamente, porque Almería, que quiere decir en árabe espejo del mar, estaba allí, a la vista, en el centro del golfo que principia en Punta Elena y concluye en el Cabo de Gata.

Capital llana y provincia montañosa, la cordillera Penibética, que empieza en el Estrecho de Gibraltar, viene a entregarle sus últimas ondulaciones y a morir en el Mediterráneo.

El espejo del mar es resplandeciente y blanco. Tiene paseos modernos, como el del Príncipe Alfonso



Murallas de San Cristóbal, ciudad y llanura litoral.

y el Malecón. Pero, en general, las calles, estrechas, limpias, con casas terminadas en azoteas, de blancura oriental, dan una sensación moruna y riente. La Alcazaba es la firma puesta en la parte alta del cuadro.

\* \* \*

El puerto es magnífico, amplio y con profundidad para grandes barcos. El ferrocarril minero tiene su muelle propio. Es lástima grande que las explotaciones del rico subsuelo de Sierra Almagrera estén paradas por la inundación invencible de sus minas.

El comercio de mármoles de Macael, plomo, hierro, cereales y uvas de Almería, parrales, blancas, de tamaño extraordinario, uvas de invierno, es todo él como ráfaga y breve recuerdo de lo que fue.

“Cuando Almería era Almería, Granada era su alquería”. Esto dice el pueblo, aquel pueblo dulce, amable, respetuoso y de una palabra fácil, andaluza y atrayente. El pueblo andaluz tiene gran facilidad de expresión, porque a las palabras se les han gastado por el uso casi todas las consonantes finales y semifinales, y por eso se deslizan con fluidez. Este sol es un poco perezoso, y el uso de la consonante da más trabajo. La vocal triunfa indiscutiblemente en la pronunciación de estos pueblos del Sur, cuya palabra es una piedrecilla que viene rodando desde las alturas del pensamiento al cauce sonriente de los labios.

*Granada era su alquería...*

¡Ah! Cómo se complace el amor de la patria chica en estas comparaciones, que no son nunca para deprimir al comparado, sino para exaltar lo propio.

Esta paz afable que los hijos de Almería tienen en sus costumbres, en sus cantares, en su religiosidad y en su amor al terruño, se altera algunas veces cuando el azote de la ciudad, o sean las sequías, se prolongan demasiado.

-¿Por qué no llueve aquí casi nunca? -le pregunta Saavedra a un municipal.

-¿Por qué va a ser, niño? Pues porque Dios no quiere.  
- Porque no queréis vosotros -dice Lulio-. Esas sierras de vuestra provincia, secas, peladas, sin un árbol, os condenan a morir de sed...

\* \* \*

¿En qué tiempo fue Almería, Almería? Divagando un poco por la historia almeriense hemos venido a concluir que ese predominio a que el desahogo popular se refiere es de tiempos viejos, profundos, medievales... Gobernaba aquel reino el rey Al Motacín. Mientras todos los reyes andaluces vivían en continua guerra, el tranquilo almeriense tenía horror a derramar sangre y cultivaba con amor y constancia las artes de la paz. Los ambiciosos reyes vecinos le redujeron casi al gobierno de la ciudad, y él, trabajador, justo, dulce y religioso, hizo de ella el más concurrido puerto y la ciudad más amable del Andalus.

Cuatro mil telares y multitud de fábricas de utensilios de hierro, cobre y cristal hicieron de Almería el lugar visitado por las naves africanas y españolas, por los comerciantes de Egipto y de Siria, y por aquellas águilas de la navegación que tenían sus nidos en Pisa, Génova y Venecia. Mil hospederías esperaban al extranjero para facilitarle el comercio y la vida.

Fue todo obra de un príncipe. Si hubiera gobernado grandes dominios, su nombre figuraría en los mármoles y bronces de la recordación universal. Nosotros, que no necesitamos para exaltar el sentimiento de la Patria la cantidad ni el número, sino la calidad y la idea, lo ponemos como ejemplo de que cuando los que gobiernan saben amar de veras, sin pasiones, egoísmos ni banderías, salvan y redimen a sus pueblos...

Era generoso y se complacía en perdonar las injurias. El poeta Al Nihli, que recibió de él distinciones





Aspecto de la muralla de S. Cristóbal en los años 30.

y beneficios sin cuento, para festejar al rey de Sevilla hizo un verso que decía: *Ebn Abed (el sevillano) ha exterminado a los berberiscos, y Ebn Man Al Motacín ha exterminado los pollos de las aldeas.*

Al taifa de Almería le dolió el epigrama. He aquí su venganza: Algún tiempo después vino el poeta a su corte; el rey lo convidó a comer y le presentó seis o siete platos de pollos.

- *¿No hay en Almería más comida que ésta?*

- *Sí -dijo Al Motacín-, hay muchas más cosas; pero quiero haceros ver que no exterminé todos los pollos. Vos no merecéis mi indignación; mas sí aquel que dejó con gusto que ultrajaseis a un igual suyo.*

Los niños oyeron estas interesantes referencias en boca de un señor militar de Almería que les acompañaba amablemente.

- *Esa caballerosidad achica casi a los mismos reyes cristianos -dijo, admirado, Lulio.*

- *¡Alto ahí, amiguito! -exclamó, entusiasmado, el militar-. Oiga usted lo que sigue, que también es de esta tierra. Poco tiempo antes de la conquista de Granada, Abdallah el Zagal rindió Almería a los Reyes Católicos.*

*Al hacer entrega de la ciudad, se presentó con noble sencillez, modestamente vestido y con el luto de su alma reflejado en el exterior continente. El comendador de León no le hizo la debida reverencia, y entonces Don Fernando el Católico dijo: «Comendador: es grave descortesía rebajar a un rey vencido delante de otro victorioso.» Y para enmendar el yerro, invitó a Abdallah a un banquete de gran lujo e hizo que le sirviera el plato nada menos que Garcilaso de la Vega...*

- *Verdaderamente, que no puede ser achicada la caballerosidad española... -dijo Lulio, rectificando.*

- *Ahora sí que has hablado bien, Lulio -añadió, alborozado, Fernando Cid.*

Los niños fueron al puerto, se despidieron del capitán bilbaíno y tomaron el tren para ir a Granada. Al Motacín llenaba por completo la imaginación de los escolares.

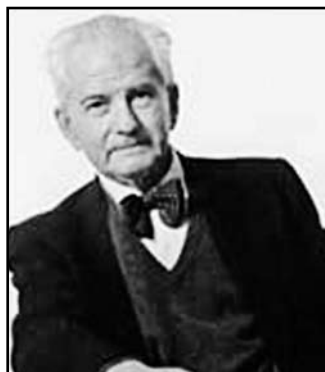
Al pasar el tren por la estación de Guadix, Menéndez dijo con cariño:

- *Abí, en ese pueblo, nació el novelista don Pedro A. de Alarcón.*

Cuando llegaron a Granada era de noche.

# 1950

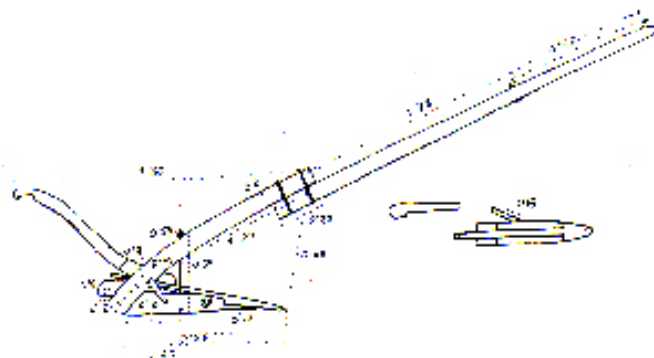
## Julio CARO BAROJA



(Madrid, 1914-1995) Antropólogo, historiador, lingüista y ensayista. Nació en el seno de una familia de humanistas entre los que destacaba su tío Pío Baroja, y fue discípulo de eminentes maestros que lo encaminaron a la historia y a la etnografía. Fruto de su formación sus primeros trabajos, y más tarde su tesis doctoral, se dedican a la etnología y la cultura tradicional, siendo considerado como el iniciador en España del llamado enfoque histórico-cultural.

Se doctoró en Historia antigua por la Universidad de Madrid, aunque pronto se desliga de ésta para dedicarse a otras parcelas que le apasionaban. En 1944 es nombrado director del Museo del Pueblo Español de Madrid. Continúa sus trabajos de antropología, de historia, de lingüística, uniendo diversas disciplinas en un mismo estudio de tal manera que sus libros han marcado un hito en las ciencias históricas y etnológicas. En los numerosos viajes que realizó por España y África sus cuadernos de campo eran una especie de diarios donde anotaba sus sensaciones. En ellos utiliza el dibujo para analizar de forma documental las herramientas, objetos domésticos, mobiliario y personajes típicos que va encontrando. Su obra sobrepasa el medio centenar de títulos entre artículos, ensayos y libros, cuyos temas están centrados fundamentalmente en el País Vasco y en España en su conjunto. Su importante trayectoria fue reconocida con numerosas nombramientos y premios: miembro de la Academia de la Lengua Vasca, Academia de Buenas Letras de Barcelona (1947), Real Academia de la Historia (1963), Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland (1983) y Real Academia Española (1986); premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1983), el nacional de las Letras Españolas (1985) y el internacional Menéndez y Pelayo (1989); hijo predilecto de Madrid, adoptivo de Navarra (1982) y medalla de oro de Bellas Artes (1984).

En los años 50 realizó sus apuntes de Andalucía y también los que corresponden a sus viajes por Murcia y Valencia, por Castilla y por Navarra, que vendrían a continuación. De estas obras hemos recogido los relatos correspondientes a Almería. En *De etnología andaluza* (Málaga, Diputación Provincial, 1993; pp. 179-183) describe el viaje a la Alpujarra almeriense desde Gádor a Ugíjar, entre el 3 y el 5 de marzo de 1950; y en *Apuntes murcianos. De un diario de viajes por España, 1950* (Universidad de Murcia, 1986; pp. 115-120) el recorrido desde Huércal Overa a Rioja.



Arado de Abrucena dibujado por Julio Caro Baroja.

## ALPUJARRA

ALMERÍA-UGÍJAR (ALPUJARRA). 3 DE MARZO DE 1950.

**S**alimos por la mañana de Almería, camino de las Alpujarras, por la carretera del interior que, en trecho considerable, va paralela o junto al río Andarax, el cual nace al pie de las lomas del Orcajo, límite de las provincias de Almería y Granada. Esta carretera es relativamente moderna, así como otras que han dado fácil acceso a pueblos de las Alpujarras. En el mapa *Michelin* aún no aparece hecho el tramo entre Canjáyar y Fondón.

Tomando de Benahadux a la izquierda, el primer pueblo con que topamos es Gádor, famoso por un crimen acaecido hacia fines del siglo XIX o comienzos de éste, típico caso de crimen médico, pues un hombre, apodado *el Moruno*, mató a un niño para sacarle la manteca y curar con ella a un tuberculoso. Es un pueblo de casas blanqueadas o de colores vivos, con una vega de naranjales. La sierra del mismo nombre se extiende al W. de Gádor en una extensión considerable, limitando al S. el valle del río Andarax que, al parecer, constituye una región bastante definida cuyos límites por el N. los forman las sierras de Montenegro, y Ohanes, el peñón de Polarda y los cerros del Almirez.

De Gádor la carretera asciende bastante, dividiéndose Santa Fe en un hoyo con poca vegetación alrededor, a mano derecha. Luego hay otro cruce. Dejamos la carretera de Guadix y seguimos a la izquierda siempre, hasta llegar a Alhama de Almería. En los pueblos del valle impera el tejado de launa. Abundan los bancales de piedras en las márgenes y vallas también pétreas, limitando pequeñas parcelas de cereal. Desde aquí hacia el N. se ve una masa compacta de sierras. Los pueblos que se ven también hacia el N. pero en el fondo del valle, varios de los cuales están a las orillas del río Nacimiento (como Alhabia, Alsodux, Santa Cruz, Alboloduy) y otros junto al mismo Andarax (como Terque y Bentarique), presentan la misma fisonomía: constituyen una pequeña mancha blanca que en alguno de sus bordes o en derredor tiene otra de color verde o color más oscuro que denota cultivo, huerta y arbolado. Pero ambas manchas son pequeñas al lado de la extensión cubierta por colores terrosos. Sin embargo, los pueblos de Alhama en adelante se van haciendo más cercanos entre sí, y las sierras co-



Siluetas de casas almerienses dibujadas por Caro Baroja.

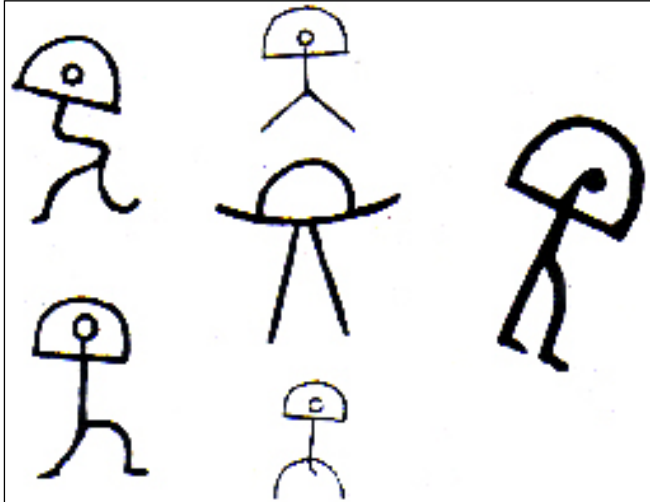
mienzan a presentar manchas de nieve que animan el conjunto.

Dejando bajo nosotros a Alicún y Huécija, llegamos a Iljar [Íllar], pueblo con buenos emparrados, donde se produce la típica uva almeriense. Poco después, en Instinción, a la entrada, en la pared de una casa, vemos el muñeco que en Almería dijo el director del Museo que era propio exclusivamente de Mojácar. Puede que este caso sea, en efecto, esporádico. Hay aquí también vega regular y parras. Ahora tocamos el mismo Andarax. En un abrigo o covacha que hay en las márgenes, junto a la carretera, vemos a una gitana refugiada. Por esta parte se da una curiosa combinación del cultivo de la viña en parras con habas debajo de los emparrados.

Pasado Rágol, antes de llegar a Canjáyar hay un puente sobre el río. Luego, una cuesta sinuosa. Paisaje de olivos y pinos: cuevas también. Al S. (a la izquierda) la sierra de Gádor ofrece sus mayores cumbres nevadas. Canjáyar es un pueblo interesante, al parecer; queda como en alto, pero más alto está Ohanes. Almócita y Beires también se hallan muy en alto: son pueblos que están juntos y en que comienza a apreciarse (así como en Ohanes) una variación con respecto a la arquitectura de tejado de launa.

Antes de llegar a Almócita se ven olivares viejos, con bancales y algunas chumberas. Desde Almócita a Fondón (que es el trayecto más recientemente hecho de la carretera) se pasa por una tierra muy árida con el río en un barranco, entre cerros y algunos barbechos y almen-drales. Antes de llegar a Fondón se ve ya Sierra Nevada.





Pictografías en casas de Mojácar. Dibujo de Caro Baroja.

Fondón es un pueblo bonito, blanco, con olivares y huertas alrededor. Abundan las casas de varios pisos, con tejado de launa, pero con un reborde de tejas en la fachada. Valdría la pena de estudiar la arquitectura de aquí hasta Ugíjar. Es evidente que las construcciones religiosas ostentan con máxima frecuencia techo de tejas (tejado propiamente dicho), mientras las civiles no.

Camino de Laujar hay una buena cantidad de parras. Llegamos a Laujar (pasado el presidio de Alcolea) en el momento en que, en la plaza, hay un mercado matinal. Se vende en él cerámica basta de la tierra y otra de Alhabia. El Ayuntamiento es un edificio curioso con arcadas superpuestas. La combinación de piedra y ladrillo es propia de éste y otros edificios públicos. Al salir vemos una eras empedradas, almendros, olivos y, más al W., viñedos, pero no formando emparados, sino de los comunes.

Antes de llegar a Laujar se deja ya el río Andarax y poco después se cruza por el último de sus afluentes, pasando, al punto, a la zona de los tributarios del río Grande, que desemboca al E. de Adra, en la playa de la Rambla. Estos últimos pueblos de que venimos hablando (desde la sierra de Ohanes al W.) corresponden a la que se llama Alpujarra almeriense.

Camino de Alcolea se ven, en frente, al W., varios pueblos granadinos en las estribaciones de la Sierra Nevada, como colgados. Para llegar a Alcolea se verifica un descenso por una tierra con viejos olivares; en los caminos se ven muy pocas carretas. Alcolea es un

pueblo colgado sobre un río, tiene iglesia de ladrillo y piedra, casas con terrados cubiertos de launa, mirando hacia el S.

Al salir, hacia Ugíjar, hay otra especie de rambla, en cuyas inmediaciones vimos a una loca que iba alborotando, seguida de otra mujer. Llegamos al mismo límite de Granada y Almería, donde hay un puente. Poco después, olivares y gente recogiendo aceituna, pero no de manera organizada. Nos acercamos a uno de los pueblos más importantes de la Alpujarra: Ugíjar.

### DE HUÉRCAL OVERA A ALMERÍA

Durante veinticinco kilómetros pasamos por tierra despoblada casi en absoluto. En la frontera de Murcia y Almería está Venta Nueva; un paisaje de sierras tristes se domina hacia el S. el E. y el W.

El paso por Huércal Overa no permite demasiadas observaciones. En el campo, los almiarés son parecidos a los de tierra murciana, los bueyes se utilizan en la labranza. Vemos a un grupo de mujeres escardando el trigo y una ermita de San Isidro labrador junto a la carretera. Al salir, un cerro con torre a la izquierda (montes pelados detrás) y una rambla. La aridez es mucho mayor que en cualquier parte de Murcia.

Alcancamos la cuenca del río Almanzora, que se atraviesa entre Zurgena y Cuevas. Al llegar a Vera vemos arar con mulas y casas típicamente mediterráneas, es decir, de techo plano, a veces con una especie de porches, pintadas de blanco, también de un color amarillado, que debe obtenerse del almágre.

De Vera a Garrucha vamos por un camino regular. Éste es un pueblo triste, antes de llegar se atraviesa el río de Antas. En Garrucha la arquitectura de terrados, combina con las palmeras y la aridez de los montes circundantes hace pensar constantemente en zonas del N. de África. Hay casas de un sólo piso con máxima frecuencia, pero no faltan las de dos. Los techos en unas y otras tienen ligerísima inclinación para que el agua que pueda caer durante los chubascos raros que se registran en esta zona no los estropeen. Su desagüe se efectúa por medio de tejas, colocadas a regular distancia unas de otras, atravesando el muro de la fachada. Estamos, al parecer, en tierra clásica del "ceceo" en la pronunciación del castellano (así dicen "zeñó" por señor, "zabé" por saber, etc.).



Perfiles de viviendas populares en Vera y Garrucha. Dibujo de Caro Baroja.

Garrucha fue en un tiempo puerto minero de cierta importancia, hoy en decadencia. Por el S. le dominan las cumbres de Sierra Cabrera, una de las muchas “Cabreras” que hay en el Mediterráneo. Queda más abrigado por esta sierra el pueblecito de Mojácar, que se halla en un cerro, donde, según parece, se conservan costumbres muy viejas. No pudimos llegar a él por la mala situación de la carretera o camino que va desde Garrucha. Volvimos al no poder vadear el río de Aguas.

Volvimos, pues, a Garrucha y, pasando por Turre (¿Turrís?), alcanzamos otra vez la carretera general. En Turre se usa el arado se reja de lanza con una mancera de tipo levantino. Las casas de terrado se hallan pintadas con un color azulado. El paisaje es por allí bastante hermoso. A lo lejos y a la derecha se ve en un alto blanco y como colgando, el pueblecito de Bédar. Un estudio de cualquiera de estos pueblos (Bédar, Mojácar, El Marchal) sería interesantísimo.

El río de Aguas se atraviesa antes y después de Turre. Se le ve por un barranco estrecho (próximo a la carretera general). También al lado de ésta (bastante

antes de llegar a los Yeseras) se perciben bancales, pero acaso menos casas de techo plano. Hacia Sorbas sigue el arado de lanza (tirado por mulas), y antes de llegar aquí vemos la primera angarilla, típicamente andaluz.

Sorbas es un pueblo asentado sobre un barranco que lo rodea casi por todas partes, menos por una, es decir que forma a modo de una península o cabo. El caserío es azulado-blanquecino. Las tierras de alrededor amarillas o grisáceas. No hay los terrados que se ven en Garrucha, etc., lo cual me hace pensar que la construcción de este tipo es, ante todo, propia de una franja muy estrecha del litoral.

Marchando hacia el empalme de Lucainena se disfruta de una amplía vista de sierras a la derecha, y, a la izquierda, la Serrata. Atravesamos una explanada sin agricultura. Luego se desciende camino de Tabernas. Es éste un pueblo de terrados otra vez con un castillo en ruinas. Las montañas y cerros sin cultivar ocupan la mayor parte del territorio circundante, hasta llegar a Rioja (nombre que acaso recuerda a algunos colonizadores). Aquí ya hay huertos y naranjales, así como en Benahadux, pueblo de silueta árabe, con terrados y cuevas, cercano ya a Almería.

El tanto por ciento de toponimia árabe de Almería parece bastante grande. Hallamos, en primer término, nombres de lugar que parecen referirse a personas o familias de las cuales fueron propiedad en un tiempo. Por ejemplo: Benizalón (Bani Sahlún) Benilaglá [Benitagla], Benahaduz [Benahadux] (Banú ‘Adús). Otros nombres con significación variada, en árabe también: Alboloduz [Alboloduy] (sin descifrar); Alcolea: (el castillejo); Alcudia = el cerro; Alhabia = el pequeño estanque; Alhama = la fuente, Almocha = torreón mocho (?); Alsodux = el sexto). Otros corresponden al periodo de los reconquistadores cristianos claramente: Torre García, Doña María... Muchos, sin embargo, parecen nombres latinos que han sufrido los efectos de la himela árabe: Abrucena, Lucainena, Picena, Purchena, Zurgena. Algunos parecen latinos sin transformación (Paterna, por caso); y otros, patronímicos raros: Albánchez, Vélez. Estudio especial merecerían los nombres terminados en “al” (Bayárcal, Darrícal, Ceigal, Huércal, Urrácal) y en “-ar”. Estos son abundantísimos: Alcóntar, Bédar, Canjáyar, Escúllar, Iljar [Íllar], Laujar, Líjar, Lúcar, Mojácar, Níjar... Parece que, pese a su aspecto, no son árabes, sino arabizados y de fecha más remota. Uleila y Ulula [Olula] (de Castro y del Río) parecen nombres personales también.